Sjón
EL ZORRO ÁRTICO
Traducción de Enrique Bernárdez
Nørdica libros

EL ZORRO ÁRTICO

SJÓN

Traducción de
Enrique Bernárdez

Título original: Skugga-Baldur

La traducción de esta obra se hizo posible gracias al apoyo de FILI - Finnish Literature Exchange

© Sjón, 2003

© De la traducción: Enrique Bernárdez Edición en ebook: junio de 2021

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.° B 28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-18451-79-9

Diseño de colección: Filo Estudio e Ignacio Caballero
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Esta novela está dedicada
a la memoria de mi abuela,
Sigfrídur Sigurjónsdóttir.

I

(9 - 11 DE ENERO DE 1883)

Los zorros pardos se asemejan a las piedras de una manera tan asombrosa que se diría obra de brujería. Cuando están sobre una roca en invierno es imposible distinguirlos de la piedra; más todavía que los zorros blancos, que siempre arrojan alguna sombra o destacan sobre la nieve por su amarillenta palidez.

Un zorro pardo yace sobre su piedra como si estuviera tallado en ella, se deja barrer por el viento y la tempestad. El trasero hacia el viento, se enrosca apretado y entierra el hocico bajo la cola; entrecierra los párpados, y las pupilas se adivinan apenas. Sin embargo, no pierde de vista al hombre, que no ha movido un músculo desde que se puso al acecho bajo la nevisca, en el borde de las laderas más altas de Ásheimar… hace unas dieciocho horas. El viento helado ha gemido sobre él y la nieve ha caído copiosa, y ahora parece un simple montón de turba cubierto de nieve.

Pero el animal no puede permitirse olvidar por un instante que es un cazador.

La persecución había empezado abajo, en Botn. El cielo estaba claro y el alba tan negra como solo sabe serlo en invierno. El hombre descendió por el prado de la granja y luego ascendió hacia el norte por Ásheimar, en dirección a Litla-Bjarg. Allí no había caído aún nieve alguna.

Llegado arriba, percibió un movimiento en el borde del páramo. Se quedó inmóvil y a tientas sacó su catalejo, lo extendió y se lo puso delante del ojo bueno:

¡Sí, no cabía duda!

Por allí iba un peludo.

Pero no parecía sospechar peligro alguno. Todos sus movimientos daban a entender que lo único que le preocupaba era llenar la barriga. Por eso se comportaba con tranquilidad y prudencia, nada de lo que había a su alrededor podía desviarlo de su objetivo.

El hombre lo examinó más detenidamente.

Centró toda su mente en el animal, intentó adivinar lo que pretendía hacer y en qué dirección se alejaría en cuanto acabase de olisquear la cresta de la montaña. De pronto dio un salto y echó a correr, sin que el hombre pudiera explicarse el motivo. Todo su comportamiento indicaba que se había llevado un susto de muerte. No había forma alguna de que hubiera percibido su olor… al menos no de la forma habitual.

A menos que un misterioso presentimiento le hubiera desvelado sus intenciones: Ese hombre quiere cazar.

El hombre ascendió la ladera. Intentaba guardar exactamente en la memoria la imagen del zorro, para que le fuera más fácil volver a encontrarlo: «Ha salido corriendo por el hielo como una flecha disparada por un arco».

En lo más alto de la cresta estudió las huellas del zorro. Midió la impresión de una pata entre el pulgar y el índice; era un animal espléndido. Entre los cristales de nieve de las yemas de sus dedos brilló un pelo: y el color, de ello no cabía duda, era pardo.

Hilachas verticales de nubes en el oeste.

Quizá una tormenta de nieve a punto de llegar.

No se ve al zorro por ningún lado.

El paisaje era inmaculado hasta donde alcanzaba la vista.

El hombre avanzó enérgico, el viento a la espalda. Ahora no importaba ya que el zorro percibiera su olor. Ya sabía que iba a por él.

De vez en cuando se detenía y miraba a su alrededor. Volvió a seguir el mismo método, concentrando todo su pensamiento en el único objetivo de calcular la dirección que podría seguir el zorro y en qué punto podría salirle al paso.

De repente comprende adonde quiere ir y en qué punto del camino podrá salirle al paso:

«El zorro corre hacia el norte por la meseta. Hace un giro violento hacia el este, allí delante están los pedregales, nada más que roca; un escondite como hecho a propósito para una raposa parda».

¿Había sido exageradamente prudente? ¿Se había concentrado excesivamente en el peligro…, dando así acceso a sus pensamientos a aquel hombre? ¿Había descuidado el mantenerlo a distancia?

¿Podía aquel hombre leer los pensamientos del zorro?

Fuera en el pedregal, el viento estaba en calma y hacía un frío penetrante; solo una leve brisa acariciaba las mejillas. Muy lejos, arriba, al norte, el hombre atisbo una manchita ocre. Clavó los ojos en ella. Al rato la manchita empezó a moverse. Y poco después un zorro pardo se despegaba de la roca.

—¡Así que estaba allí!

Qué criatura tan espléndida. Negra como la ciénaga y bien peluda, con una cola magnífica, y fea como el demonio. Se alejó en ágiles saltos verticales.

El hombre echó a correr.

Y sucedió lo que esperaba; el zorro se dirigió en línea recta, directamente, hacia la nieve caída. Y justo cuando los copos arremolinados lo engullían, se quedó inmóvil, como clavado al suelo, y lanzó una mirada hacia el hombre.

Entonces echó a correr de nuevo, rapidísimo.

Un silbido atravesó el aire.

Una perdiz nival pasó a toda velocidad en vuelo bajo, muy cerca del hombre; iba empujada por una ráfaga de viento. La seguía un halcón, volaba alto, con armonioso golpeteo de alas.

El hombre se puso de espaldas al viento, ató mejor su bufanda y enredó tres veces la bandolera en el brazo derecho, hasta que el morral quedó bien sujeto a su cadera.

Justo a tiempo para la ventisca.

El hombre se abrió camino a través de la despiadada negritud.

Al principio aún tenía guijarros bajo los pies y avanzaba tolerablemente, pero pronto la nieve se hizo más espesa; caminar resultaba ahora más difícil.

Ahora tenía que depender solamente de su astucia:

«El zorro tiene un pánico infantil a las tormentas. Se entierra en un montón de nieve o se precipita de cabeza en un abismo, o huye hasta más abajo del límite del hielo; y allí se queda acurrucado hasta que todo ha pasado».

Ahora, el hombre tiene que hacer lo posible para recortar la distancia que lo separa del raposo.

El hombre fue avanzando pulgada a pulgada.

Y precisamente cuando pensaba que casi había alcanzado al zorro, la nieve se hizo más profunda, de repente. Ahora le llegaba hasta la entrepierna; y al dar el siguiente paso se quedó inmovilizado.

No podía ir adelante ni atrás; ni siquiera podía verse la mano delante de los ojos. La nevasca lo azotaba desde todas direcciones, desde arriba y desde abajo.

Al anochecer arreció la tormenta, el hielo se colaba bajo sus ropas, pese a que eran impermeables, y sintió tanto frío que intentó calentarse un poco tiritando.

El hombre decidió dejarse cubrir por la nieve.

Y mientras intentaba mantenerse en total inmovilidad, la nieve fue acumulándose a su alrededor como una cubierta protectora inmune al viento.

Era un hombre de mediana estatura, fornido y de tronco ancho. Los rasgos de su rostro, como cortados a cincel; la frente, medianamente alta pero ancha, otorgaba personalidad al rostro. Los ojos eran pequeños, de color azul metálico, hundidos bajo unas poderosas cejas que se unían en el centro. La nariz era larga y carnosa. Bajo la barba rojiza entreverada de plata, que cubría mejillas y mentón, no era fácil distinguir el perfil, ni la línea de la barbilla. Le llegaba hasta el pecho. Su cabello castaño rojizo empezaba a encanecer. Sobre el ala izquierda de la nariz se hinchaba una marca de nacimiento.

Ese era su aspecto; el hombre enterrado en la nieve.

La noche era fría y no terminaba.

El hombre se abrió paso por su envoltorio de hielo y salió de él.

Dio gracias a Nieve y Viento por el amparo que le habían concedido en aquel maravilloso lugar del mundo; desde allí, la mirada se extendía hasta muy lejos sobre el níveo desierto.

Ahora empezó a darse golpes y a friccionarse y una vez que hubo calentado los músculos del brazo superior se frotó los nudillos, apoyó las palmas sobre el borde de la nieve y se izó para salir de su trono.

Sí, en verdad era un hombre auténticamente afortunado.

El hombre se echó al hombro la escopeta y el morral, y no refrenó su paso hasta que hubo alcanzado Lófaklópp; un rocoso testigo de la edad del hielo, que se yergue en las laderas altas de la montaña y sobre el que nunca permanece un solo copo de nieve.

Dejó su impedimenta, se quitó manoplas, botas de cuero y calcetines de lana y lo extendió todo a secar sobre la roca, a su lado.

Y luego, maldita sea, se despojó del resto de las ropas y quedó sentado en la roca como Dios lo trajo al mundo:

Cubierto solo por su piel desnuda.

Era un hijo de la Tierra, nieto del Sol.

Entonces sonó un rumor en sus tripas y el hombre se dio cuenta de lo hambriento que estaba; al partir se había atiborrado de pescado cocido, pero desde entonces no se había metido nada en la boca; y hacía ya más de veinte horas.

Entretanto, había mordisqueado algo de hielo, hay que decir las cosas como son, pero aquel era un manjar soso y poco nutritivo. Abrió su morral:

Chuletas de carnero gruesas como la mano, tortas de pan con mantequilla agria de oveja y salchicha de cordero, cabeza de bacalao seca, morcilla agria, pescado seco, requesón y unos cuantos terrones de azúcar moreno.

Todo eso llevaba en su bolsa de provisiones.

El sol calienta el blanco cuerpo del hombre; y la nieve, que se funde con un crujido indeciso. Es el ave del día.

Hacia el mediodía las montañas estaban aún plenas de claridad, y entre las nubes asomaban deslumbrantes manchas de azul. El hombre pensó en las innumerables horas de felicidad que había pasado en aquellas montañas desde que era chico. Nada podía compararse a la belleza de aquellos días, a no ser las nuevas guirnaldas de luz de la iglesia de Dalbotn.

¡Atiza! El hombre se arroja al suelo: ¿qué era eso allí detrás? ¿Un saliente de la roca?

Observó con el catalejo, pero no vio nada. El cristal está empañado. Lo limpió con la manga. ¿Y? ¿Quizá aquello era lo que parecía? Ha desaparecido, no, allí estaba de nuevo, a la vista:

¡Una cabeza de zorro! Sí, ahora se ve la silueta muy claramente. Era el pardo. Seguramente llevaba escondido un buen rato allí arriba. Volvió a meter el catalejo en la funda.

El zorro soltó un chillido espantoso.

El suelo allá arriba tiene pocos desniveles y desciende suavemente hacia el este, hay solo algunas lomas herbosas, y entremedias grietas poco profundas. No había forma de que el hombre interceptara el camino del zorro sin ser visto. De modo que se limitó a quedarse allí arriba, donde lo había descubierto, y no volvió a moverse. El zorro subió rápido a un saliente rocoso y empezó a ladrar. Estaba allí sentado y cada vez que profería un grito estiraba vertical el hocico en el aire.

De ese modo el zorro quería provocar al hombre a moverse. Pues en cuanto se pusiera en cuclillas, el animal desaparecería de su vista.

El hombre estaba tumbado sobre el vientre, estirado. Había conseguido volverse hacia el norte, la escopeta al alcance de la mano, pero no se atrevía a moverse más, pues entre él y el zorro el suelo era completamente llano, no había nada que pudiera ocultarlo de su vista. Para colmo, el arma no estaba cargada. No había forma de introducir una carga por la boca del cañón sin que el raposo se apercibiera de su presencia.

Ahora había que actuar con decisión si no quería que el zorro se le escapase como el día anterior…, no podía permitir tal cosa.

¿Qué hacer, entonces?

El zorro se estiró sobre la roca, presto a desaparecer. El hombre giró para ponerse de espaldas y agitó brazos y piernas en el aire.

Se dio la vuelta, se puso a cuatro patas y levantó la pata derecha como un perro que orina sobre un montón de hierba.

Soltó un largo aullido quejumbroso.

Con esta payasada, el hombre consiguió retrasar la huida del zorro. Volvió a encogerse en su escondite y reflexionó sobre cuál sería el siguiente paso, y el animal se quedó inmóvil, con la esperanza de presenciar alguna nueva representación.

El hombre cargó su arma, metió media carga de pólvora y perdigones en la boca del cañón, necesitaría todo eso al menos si quería acabar con el animal al primer disparo. Luego llevó la mano a su morral y tanteó en busca del destrozado breviario que siempre llevaba consigo, arrancó una página, formó con ella una bolita entre los dedos y metió la bola de papel en el cañón de la escopeta. Así no volvería a silbar si, al apuntar, las certeras ráfagas de viento se introducían con un chasquido en la boca del cañón.

Con rápidos y hábiles movimientos de la mano humedeció con saliva la mira de la escopeta y pegó encima un trocito de musgo, que enseguida se congeló sobre el metal y se quedó allí pegado. Lo desplazó hasta ponerlo en el lugar adecuado del cañón, luego ensayó la puntería; aquel pegote podría verlo hasta en la más negra oscuridad.

El hombre se incorporó y preparó la escopeta, se inclinó hacia delante apoyándose en el pie izquierdo y dirigió toda su atención a la roca. No, el zorro no se veía por ninguna parte.

Esperó un buen rato antes de bajar el arma. Ese zorro no se le escaparía otra vez. La nieve lo cubría todo hasta el pie del glaciar, en ningún sitio había un trozo libre, y el zorro escribía la historia de su viaje por la llanura nevada en cuanto se movía.

Agarró el arma con ambas manos y se puso en marcha.

Todo el largo día corrió el zorro por colinas y brezales… y el hombre seguía sus huellas, ya muy cerca.

Aquel animal era la guía que le indicaba lo que tenía que hacer en el mundo de la realidad.

Cuando el hombre llegó a la roca aislada que cierra los altos de Ásheimar, ya no había ocasión de perder al zorro.

Llegó justo a ver cómo daba vuelta sobre sí mismo tres veces, se agazapaba junto a un bloque de piedra, se enroscaba y metía el hocico debajo de la cola.

Y el hombre hizo lo mismo.

En el horizonte se oscurecía la última luz del breve día.

Ahora, en las salas celestiales reinaba suficiente oscuridad para que las hermanas de la aurora boreal pudieran interpretar su vibrante danza de los velos.

En fascinantes juegos de colores se deslizaban ligeras y ágiles sobre el inmenso escenario de los cielos, en áureos ropajes aleteantes y con fluyentes adornos de perlas, que en su violenta danza agitaban acá y allá, siguiendo cada uno de sus movimientos. Y ese espectáculo se ve con especial claridad justo después de la puesta del sol.

Entonces cae el telón; y la noche es ahora la dueña.

Ahora el hombre se vio dominado por el sueño, con una urgencia que nunca antes había conocido. Pensó un instante que iba a morir, sencillamente, sin más. Estaba ya completamente exhausto, le dolía la cabeza y respiraba con dificultad. En sus oídos sonaban retumbos y rugidos, pero a la vez oía un martilleo, un golpeteo. Su corazón.

¿Qué podía significar aquello?

En aquel mismo instante, el zorro lanzó tres prolongados gritos de advertencia. Los gritos llegaron de algún punto al este, habían sido recogidos por una ráfaga de viento y alcanzaron al hombre como el estallido de un trueno.

Se sobresaltó. Lanzó una rápida mirada hacia la izquierda; allí acechaba un zorro pardo: parecía un demonio, negro como el carbón.

Y entonces desapareció.

Silencio sepulcral. Ya ni siquiera un latido del corazón.

¿Tal vez ya estaba muerto?

Tras un buen rato volvió a distinguir otro zorro exactamente en el mismo lugar. Esta vez parecía más pequeño, y sus movimientos daban a entender una tensión desusadamente grande, y también prudencia y astucia. Completamente distinto al primero. Y no dejaba escapar un solo sonido.

Después de estar bien visible durante un rato, el animal desapareció de su vista. Luchó contra los bostezos que se extendían imparables por su rostro. De repente algo se movió muy cerca de él; una figura como de raposa se desligó de la oscuridad, justo ante sus ojos. Bailaba sobre las patas traseras y se retorcía como una anguila en la corriente, como si se hubiera separado completamente del suelo.

El cuarto, invisible en algún lugar cubierto por la oscuridad, soltó desde lejos un grito:

¡Agga-gagg!

El hombre intentó recuperar la cordura. En aquella parte del país, los zorros pardos eran tan raros que la presencia de uno solo se consideraba una gran noticia que llegaba a todas las granjas. El negro, el retraído, el bailarín y el chillón: todos eran aquel único zorro. No podía ser de otro modo:

—Todos son el mismo zorro, todos son el mismo zorro. Todos el mismo zorro, todos el mismo zorro…

Repitió aquellas palabras una y otra vez, como quien quiere despertarse de una pesadilla; en la mente, gritando. Finalmente sintió alivio y cuando las lágrimas dejaron de brotar de sus ojos, el hombre vio que el zorro seguía en su sitio.

Él tampoco se había movido ni un milímetro.

Entonces empezó a nevar.

Nevaba.

Los zorros pardos se asemejan a las piedras de una manera tan asombrosa que se diría obra de brujería. Cuando están sobre una roca en invierno es imposible distinguirlos de la piedra; más todavía que los zorros blancos, que siempre arrojan alguna sombra o destacan sobre la nieve por su amarillenta palidez.

Un zorro pardo yace sobre su piedra como si estuviera tallado en ella, se deja barrer por el viento y la tempestad. El trasero hacia el viento, se enrosca apretado y entierra el hocico bajo la cola; entrecierra los párpados, y las pupilas se adivinan apenas. Sin embargo, no pierde de vista al hombre, que no ha movido un músculo desde que se puso al acecho bajo la nevisca, en el borde de las laderas más altas de Ásheimar… hace unas dieciocho horas. El viento helado ha gemido sobre él y la nieve ha caído copiosa, y ahora parece un simple montón de turba cubierto de nieve.

Pero el animal no puede permitirse olvidar por un instante que es un cazador.

El zorro deja caer de nuevo sus ojos grises. Y cuando vuelve a abrirlos, el hombre ya no está.

Alza la cabeza.

Y entonces séra[1] Baldur Skuggason aprieta el gatillo.

II

(8 - 9 DE ENERO DE 1883)

El mundo muestra su mejor cara.

La perdiz nival llama. Los arroyos se filtran bajo la capa de hielo soñando con la primavera; entonces se convertirán en ríos amenazantes. Columnas de vapor se elevan de los montones de nieve de las laderas: es allí donde habitan.

Todo es uniformemente azul, excepto las cimas de los montes donde deslumbra el blanco. Es invierno en Dalur.

—Hooola, vengo a por la soñora desfunta… no, óyeme, tengo que recoger a la seño despinta, es-to-o, buee, oye, no, dame la siñora pinada…

En la explanada delante del granero de Brekka se alza un caballo con su jinete, y es el hombre quien parlotea tan confusamente consigo mismo. Un hombretón de gran estatura, ya alrededor de los cuarenta; la barba descolorida entretejida de gris se encrespa enmarañada bajo sus labios y se desparrama sobre la barbilla como una catarata congelada; aunque está tan arropado como un niño al que han mandado salir a jugar en la nieve un día de invierno.

Los pantalones están bien encajados en la entrepierna, el tabardo es demasiado grande, o demasiado pequeño, según se mire, y el gorro de lana está atado con tal fuerza por debajo de la barbilla que no puede haberlo hecho él mismo; en las manos lleva unas manoplas tan gruesas que casi ni puede sujetar las riendas de la peluda caballería que monta.

Es la yegua Rosa. Devora golosa su forraje. Sus cascos los han traído a ambos hasta aquí. Si se mira hacia atrás, abajo, se puede seguir con nitidez su recorrido, desde la casa parroquial de Dalbotn, luego por el prado de la granja, luego a lo largo del río, a través de la ciénaga, luego colina arriba hasta donde está ahora esperando que la liberen de su carga.

Sí, por fin descabalga el jinete.

Ahora se aprecia claramente toda su estatura: tiene las piernas extrañamente cortas hasta las rodillas, vientre prominente, anchos hombros y un cuello inusualmente largo, y el brazo izquierdo es sustancialmente más corto que el derecho. Camina dando fuertes pisotones, junta los brazos sobre el pecho, sacude la cabeza y resopla.

La yegua agita las orejas.

—¿La… pasada?

Con el brazo corto, el hombre aparta la nieve de la puerta de entrada.

—¿Será eso?

Golpea la puerta con la mano buena y nota cómo la sangre se le agolpa en el

puño. Hace frío. ¿A lo mejor le dicen que entre?

Detrás del cristal congelado de la sala de estar pasa la sombra de una cabeza masculina, poco después se oye abrir una puerta en el interior, luego la puerta de la casa es empujada desde dentro con un

fuerte empellón. Al abrirse empuja la nieve de la entrada que ha ido acumulándose, espesa, durante la noche, y el helado visitante se echa hacia atrás para evitarla; tropieza y cae, aunque no puede caer del todo.

Cuando recupera el equilibrio, ve que en el marco de la puerta le espera la persona a quien ha venido a ver: Fridrik B. Fridjónsson, herborista, el dueño de Brekka, el que está a cargo de su Abba. El huésped se llama Hálfdán Atlason y es «el tonto de séra Baldur».

Ahora abre la boca para tomar aire pero no dice nada, pues aún antes de que pueda pronunciar su frasecita, Fridrik el herbolario le ha dicho que entre.

Y al tonto no se le ocurre otra salida que obedecer la orden.

Entran en la cocina.

—Quítate el abrigo.

Fridrik se pone en cuclillas, abre la puertecita de la estufa cubierta de azulejos y añade combustible. El fuego se anima luminoso.

El lugar es acogedor y la temperatura agradable.

El tonto se mete los pulgares entre los dientes y se arranca las manoplas de las manos antes de intentar desatar con dedos temblorosos el doble nudo bajo su barbilla. No lo consigue, y finalmente tiene que ayudarle su anfitrión. Pero cuando le quita al huésped su grueso tabardo, por la cocina se extiende una penetrante fetidez. Fridrik se echa hacia atrás y resopla por la nariz:

—Café…

Siempre pasaba lo mismo con la gente de Dalbotn; sudaban café. Séra Baldur no estaba demasiado dispuesto a darles de comer suficiente, y a cambio los empapuzaba de la mañana a la noche con aquel brebaje fortísimo y negro como carbón. Fridrik sujeta con fuerza las manos de Hálfdán entre las suyas, no tiemblan de frío, sino de nervios: por el eterno café.

Suelta su presión sobre las manazas del hombre y le ordena que se siente. Coge de su gancho el hervidor, lo llena de nieve a medio derretir y lo pone sobre la placa de la estufa. Luego lo señala con el dedo y dice con énfasis:

—Ahora tienes que vigilar el agua. En cuanto empiece a bailar la tapadera, vienes y me lo dices. Estoy en la sala cerrando el ataúd con clavos.

El tonto asiente y clava la mirada en la olla. Fridrik el herbolario le da un golpecito en el hombro al salir de la cocina. Y al cabo de un momento se oye ruido de martillazos en la habitación contigua.

El tonto va fijando los ojos alternativamente en la olla y en la estufa, aunque mira más la estufa. Es toda una maravilla de la técnica, que muy pocos han visto. Arriba termina en un tubo de hierro que recorre la pared y llega a la sala de estar y desde allí a los dormitorios, y calienta la casa entera antes de desaparecer por una abertura en el tejado, expulsando el humo al exterior. Pero sobre todo son los

azulejos de porcelana pintados a mano lo que le impresiona: en torno a la base de la estufa hay una oscilante franja de flores de los más bellos colores, más bonita que un collar de cuentas. Hálfdán se revuelve intranquilo en su silla cuando su mirada recorre una de aquellas guirnaldas de flores, que se ramifica y asciende revolviéndose

acá y allá, hasta llegar a la olla.

La olla, eso es, en eso tenía que centrar toda su atención. El agua escapa por el borde de la olla, desciende y chisporrotea sobre la ardiente placa.

Fridrik el herbolario es el hombre que cuida a su Abba, sí, a Hafdís Jónsdóttir, la novia de Hálfdán. Fridrik y Abba viven juntos en Brekka. Hasta que se case con Hálfdán, porque entonces se irá con él. ¿Dónde andará hoy? Estira el larguísimo cuello y echa un vistazo por encima de su hombro derecho.

Dentro, en la sala, Fridrik clava el último clavo en la tapa del ataúd. Y Hálfdán le grita desde el otro cuarto:

—Ve-vengo ap-p-por el cadáver de la seño…

A Fridrik le desagradan esas palabras tan desapasionadas. Pero era el mismísimo párroco Baldur quien hablaba por la boca de su criado. Los de la casa del cura repetían como un eco la forma de hablar del clérigo, cual gallinas en gallinero.

Se habría podido considerar divertido, si no fuera todo tan penoso y tan espantosamente carente del más mínimo estilo.

—Lo sé, mi querido Hálfdán, lo sé…

Pero lo que el tonto dice a continuación lo hace sobrecogerse aún más:

—¿Do-dónde tá m-mi A-Abba?

La olla empieza a hervir, el agua borbotea y escapa por debajo de la tapadera.

—Cu-cuece.

Hálfdán deja escapar un suspiro, el primer sonido desde que Fridrik el herbolario le comunicó que su amiga Abba había muerto, que era el suyo el cadáver de una señora que el párroco le había enviado a recoger, y que el ataúd que ve allí en el cuarto será dado a la tierra en el cementerio de Dalbotn. La noticia conmovió tan profundamente el corazón de Hálfdán, que este rompió en un largo llanto mudo, las lágrimas brotaban de los ojos y la nariz, y su figura demasiado grande temblaba sobre la silla; como una hoja al viento del otoño, que no sabe si se separará de la rama que la ha alimentado durante todo un verano, o si seguirá agarrada a ella… hasta marchitarse; una opción tan mala como la otra.

Mientras el hombre lloraba a su compañera, Fridrik fue a buscar el servicio de té, una tetera inglesa de cerámica hecha a mano, dos tacitas de porcelana de color marfil con sus platillos, una jarrita plateada para leche y un azucarero igualmente plateado, cucharillas de té y un filtro de hojas de bambú. Finalmente, una caja de té de suave madera de roble lacada con la inscripción danesa:

A. C. PERCH'S - THEHANDEL

Coge entonces el hervidor de la placa y vierte un chorrito de agua en la tetera. Espera hasta que la porcelana ha adquirido la temperatura; luego abre la bolsa, deja caer cuatro cucharadas de hojas de té y sobre ellas vierte agua hirviendo. El embriagador aroma del té de Darjeeling llena la cocina, recuerda al olor del suelo recién arado, un aroma dulce y fuerte a la vez, evoca recuerdos de una vida de lujos, conocida solo por uno de aquellos dos hombres: Fridrik B. Fridjónsson, el herborista de Brekka, con sus ropas europeas; lleva pantalones largos, chaqueta y pañuelo al cuello, al estilo del Byron de sus últimos años.

Por un momento, el aroma del té levanta el ánimo de Hálfdán y le permite olvidar su tristeza.

—¿Co-cómo s-se llama es-sto?

Fridrik sirve el té, luego cubre la tetera inglesa con una funda. Hálfdán coge su taza con ambas manos, se la lleva a los labios y da un sorbito.

—¿Té?

Qué extraño, que una bebida tan estupenda tenga un nombre tan corto. Sería más propio que se llamara, por ejemplo, Illustreret Tidende, el nombre más largo que conoce el tonto.

—¿E-es da-anés?

—No, viene de las montañas del Himalaya; son tan altas que aunque treparas nuestra montaña trece veces, no alcanzarías sus cumbres. A mitad de la ladera de esas montañas tan grandes está la provincia de Darjeeling. Y cuando los pájaros de Darjeeling entonan su canción matutina, despierta la vida en los caminos que van de los pueblos a las plantaciones de té. Los trabajadores se ponen de camino hacia su trabajo y, aunque visten pobremente, algunos llevan en la nariz un anillo de plata.

—¿S-son mirlos los que cantan?

Pregunta el tonto.

—No, son gorriones cantores, y entremedias de sus melódicos trinos se escucha el golpeteo del pájaro carpintero.

—¿No hay ningún pa-pájaro que yo conozca?

—Tal vez alguna que otra lavandera.

Responde Fridrik.

Hálfdán asiente y sorbe el té. Fridrik se retuerce la punta izquierda del bigote y continúa su discurso:

—En la puerta de entrada le dan un cesto a cada uno, y entonces empieza el día de trabajo. Hasta el atardecer, los braceros van recogiendo las hojitas exteriores de cada planta, y las yemas de sus dedos son la primera estación de un largo

viaje que termina, por ejemplo, aquí mismo, en la tetera de Brekka.

Bueno, así transcurren estas horas matutinas.

Es ya claro día cuando Fridrik y el tonto Hálfdán salen de la granja cargando el ataúd entre los dos. Lo llevan sin gran esfuerzo; la difunta era pequeña y el ataúd no es ninguna obra maestra de carpintería, construido con los más diversos restos de madera que había a mano en la granja; pero cumple su función y parece no tener grietas. Fuera, en el almacén, espera Rosa, la yegua, ahíta de forraje.

Los hombres colocan el ataúd en el trineo, lo amarran con cuidado y aseguran a izquierda y derecha de la silla las largas pértigas que descansan en el suelo, a los lados del caballo.

Cuando han concluido, Fridrik saca un sobre de la chaqueta. Se lo enseña a Hálfdán y dice:

—Esta carta se la das a séra Baldur después del entierro. Caso de que pregunte por ella antes, le dices que me olvidé de dártela. Pero no te olvides de entregársela en cuanto haya echado la tierra.

Mete el sobre bien dentro del bolsillo del tonto y da unos golpecitos.

—Al terminar el entierro…

Y entonces se despiden, el hombre que se hizo cargo de Abba y el que fue su novio cuando estaba viva.

*

Brekka, Dalur, 8 de enero de 1883

Reverendo señor Baldur Skuggason:

Aquí tiene un total de treinta y cuatro coronas. Van destinadas a pagar el sepelio de doña Hafdís Jónsdóttir, e incluyen el salario de Usted y seis enterradores, el transporte del ataúd desde la finca hasta la iglesia, una lápida, tres toques de campana y un estipendio para café, azúcar y pan para Usted, los enterradores y todos aquellos que asistan al sepelio.

No exijo ni un coro para la difunta ni tampoco un discurso funerario ni referencia a su genealogía. Pero Usted mismo podrá decidir, de acuerdo con su mejor saber y entender, sus preferencias y la cantidad de asistentes al funeral.

Del ataúd y el sudario me he encargado yo mismo pues, a fin de cuentas, desde mi estancia de estudios en Copenhague tengo

costumbre de trabajar, como podrá testimoniar el hermano de Usted, Valdimar.

Con la esperanza de que nuestros tratos relativos al entierro de la señora Hafdís Jónsdóttir puedan concluir con esto, le saludo,

con mi mayor consideración,

FRIDRIK B. FRIDJÓNSSON

PS. Hoy noche soñé con un zorro pardo. Correteaba por los montones de nieve y se dirigía hacia el valle. Era bien gordito, y tremendamente peludo.

F. B. F.

*

El curioso cortejo fúnebre está ya listo para empezar. Y se pone en marcha desde la explanada del granero, avanza a tirones balanceándose, colina abajo; hasta que cabalgadura, jinete y cadáver recuperan el equilibrio al llegar al río. Desde allí, el trineo parece ir solo, sin detenerse hasta la puerta de la iglesia de Botn.

Fridrik el herbolario vuelve a entrar en la casa. Alberga la esperanza de que Hálfdán, por muy tonto que sea, no tenga la ocurrencia de levantar la tapa del ataúd y mirar lo que hay dentro, a mitad de camino.

El sábado 17 de abril de 1868 embarrancó en los acantilados de Ónglabrjótsnef, en la costa de Reykianes, un enorme carguero negro como el carbón, de tres mástiles y tres cubiertas. Habían cortado a hachazos uno de los mástiles, y así la tripulación pudo salvarse, llegando a tierra; todo pareció indicar que el barco había quedado vacío. Pero todo lo de aquel imponente gigante era tan lujoso y extraño que provocaba tal asombro que no podría creerlo quien no lo hubiera visto:

El camarote de la cubierta superior era suficientemente espacioso para albergar a los habitantes de una aldea entera. Todavía podía apreciarse que el alcázar de popa estuvo ricamente decorado, pero pinturas y dorados estaban desportillados y en el interior reinaba el desorden más espantoso. Originalmente, la cubierta de alojamiento estaba formada por camarotes más pequeños, pero ahora ya no quedaba nada de los tabiques de separación, solamente restos de miserables catres yacían en un revoltijo por todas partes; el escenario recordaba a un campamento de soldados muertos, si no hubiera sido por el hedor de orina reciente. Tampoco se veían velas, y los pocos harapos de lonas y los restos de cabos que había desperdigados por todas partes estaban completamente podridos.

El bauprés se había caído y el mascarón estaba destruido; fue en tiempos el busto de una reina, pero alguien había desfigurado rostro y pecho con una cuchilla afilada. Sin duda, aquel barco había sido en tiempos el orgullo de su capitán, hasta que cayó en manos de perversos piratas.

Era difícil decir desde cuándo navegaba el barco aquel, ni cuándo pudo haber sido capturado. No había diario de a bordo ni libro de bitácora, y el nombre pintado a proa y popa estaba borrado en su mayor parte; solo en un lugar podía descifrarse algo como «… Der Deck», y en otro «V.. r.ec…»; de ello dedujeron que se trataba de un barco holandés.

Cuando apareció aquel barco fantasma ante la costa, había mar fuerte y poco se podía hacer, ni pensar en recuperar la carga o salvar el barco. Pero en cuanto se pudo acceder a él, los hombres de Suóurnes no tardaron un instante en llegar a bordo y ponerse al trabajo con el mayor afán. Se abrieron camino hasta la cubierta superior y descubrieron, para general contento, que el barco iba cargado

completamente de aceite de ballena. La carga llenaba toneles de

igual tamaño y tan bien ajustados, unos sobre otros y unos al lado de otros, que fue preciso traer todas las palancas metálicas de siete aldeas para poder soltarlos. Lo consiguieron.

Al cabo de tres semanas de trabajo, los hombres habían llevado a tierra la carga de la cubierta superior: novecientos toneles de aceite de ballena.

Las pruebas que hicieron con el aceite mostraron que se trataba de estupendo aceite de alumbrado, aunque su aroma y sabor no le resultaban familiares a nadie; si acaso, que al quemarlo producía un olor acre, como a cabello humano chamuscado. Y aunque malas lenguas de otras partes del país aseguraban que aquel aceite no era nada más que «sebo de persona», estos respondían que semejante embuste era pura y simple consecuencia de la envidia: nada podía alterar la alegría por aquel regalo que el Señor había derramado sobre la playa, de un modo tan inesperado y sin exigirles mayores esfuerzos, ni en dinero ni en vidas humanas.

A continuación se dirigieron a la segunda cubierta, que no contenía menos aceite que la superior; y aunque se pusieron al trabajo de soltar los toneles con toda la viril energía de que gozaban aquellos hombres, su número parecía no disminuir. Pero entonces sucedió que se percataron de señales de vida humana en el barco. Algo se movía en los rincones oscuros de la banda de babor, debajo de la cubierta de popa, adonde conducía solo un estrecho pasadizo formado entre la banda de la nave y una triple fila de toneles apilados. Desde allí llegaban suspiros y gemidos… y el chirriar de cadenas de hierro.

Eran sonidos extraños, que causaron espanto a todos. Finalmente, tres fornidos mozos se ofrecieron a penetrar en la oscuridad para ver qué era. Y justo cuando se estaban disponiendo a plantar cara a aquel peligro desconocido, apareció tambaleante un ser completamente exangüe desde detrás de los montones de toneles, y a punto estuvo de que los hombres se arrojaran sobre él para matarlo con sus palancas, tanto los espantó aquella visión:

Era una muchacha bastante joven. El cabello negro le caía sobre los hombros en una maraña desgreñada, la piel estaba hinchada, sucia e irritada; sobre el cuerpo no llevaba nada más que una harapienta y maloliente tela de saco. Su tobillo izquierdo estaba metido en una anilla de hierro que la amarraba a los puntales del vientre del poderoso buque, y en su miserable catre se podía ver qué

servicios había tenido que prestar a la tripulación. Había también un paquete que agarraba con todas sus fuerzas y que fue imposible arrebatarle.

—Abba…

Dijo, de una forma tan apática que los hombres sintieron un escalofrío, aunque no hubo forma de sacarle más información, por

mucho que la interrogaron. Los rescatadores se dieron cuenta enseguida de que era débil mental, y a algunos les pareció ver que tenía una curiosa redondez en la cintura. Sacaron del barco a la muchacha y su paquete y la dejaron al cuidado de la mujer del alcalde. Allí le dieron de comer y la dejaron dormir dos noches en una cama, luego le pusieron otras ropas y la enviaron a Reikiavik.

Las labores de descarga seguían a plena marcha el tercer domingo de junio, cuando el barco correo Arktúrúx se acercó a la lengua de tierra de Reykianes. Al pasar ante el pecio del aceitero, los pasajeros se congregaron en la borda y contemplaron el coloso embarrancado en la bahía de Kotvogur.

Los que se encontraban a bordo del aceitero interrumpieron su trabajo y saludaron con la mano a los espectadores. Y estos, que acababan de salir de una tormenta de tres días al norte de las Féroes, devolvieron el saludo con una mirada abúlica.

Entre los pasajeros se encontraba un joven de elevada estatura. Llevaba sobre los hombros una capa de lana marrón, de cuadros, la cabeza iba cubierta por un sombrero hongo de color pizarra, y en la boca sostenía una pipa de larga boquilla.

Era Fridrik B. Fridjónsson.

Fridrik el herbolario llena su pipa y contempla el paquete que está ante él en la silla de la sala, en el mismo lugar donde, hace poco, estaba el ataúd. Está envuelto en lona negra de vela, atado con triple cordel, y todo se conserva aún bastante bien, aunque durante más de diecisiete años el paquete ha estado allí sin tocar; mide sus buenos cuarenta centímetros de alto, unos treinta centímetros de largo y en torno a los veinticinco de ancho. Fridrik sujeta el paquete con las dos manos, se lo acerca a la oreja y lo agita. El contenido, de unas diez libras de peso, parece estar firmemente unido al envoltorio, pues no se escucha golpeteo alguno. Igual que el día anterior.

Fridrik vuelve a dejar el paquete sobre la mesa y entra en la cocina. Enciende una cerilla en la chimenea y acerca la ardiente cabeza al tabaco de la cazoleta; lo prende con profundas y cuidadosas aspiraciones. El tabaco chisporrotea, el hombre fuma la primera pipa del día y, mientras echa el humo, murmura:

—Umf Abba aa.

Umf podía significar diferentes cosas en la lengua de Abba: cajón o cajita o armarito, por ejemplo, o también baraja de naipes, por ejemplo.

Fridrik entretiene desde hace tiempo una cierta sospecha sobre lo que podría contener el paquete, muchas veces lo ha examinado por fuera, pero hoy, por fin, su curiosidad podrá verse satisfecha.

*

El primer encuentro de Fridrik y Hafdís tuvo lugar tres días después de su llegada a Islandia. Iba de vuelta a casa tras una velada, una merienda pantagruélica llena de canciones en casa de su antiguo maestro, el señor G*.

Dejó que sus pies lo guiaran. En un instante lo condujeron desde las callejas del centro hasta las puertas de la ciudad, luego hacia el sur por los pedregales y hasta el mar, caminó por la calle que bordeaba la orilla y gritó hacia la clara infinitud: «¡Te saludo, oh mar, espejo del hombre libre!». Era la noche de San Juan, unas moscas zumbaban entre los matojos de descampsia, el chorlitejo llamaba y los rayos del sol de medianoche caían horizontales sobre la hierba.

En aquellos días, la capital era tan pequeña que se podía rodear en media hora, caminando a paso mediano, así que no pasó mucho tiempo antes de que Fridrik volviera a encontrarse en el mismo lugar

donde había comenzado su paseo vespertino: el patio trasero de la residencia de aquel viejo y canoso pedagogo, el señor G*. El hijo de la cocinera salió por la puerta trasera manteniendo en equilibrio una bandeja en la que se amontonaban cuencos de latón, cáscaras de patatas, raspas de trucha y cortezas de pan; restos del banquete de aquella noche.

Fridrik detuvo su marcha al ver que el muchacho se dirigía a un tinglado medio derruido que se encontraba al extremo del patio, apoyado en la parte trasera de un almacén de herramientas, y allí abría una portilla y arrojaba dentro todo su cargamento. De aquel lugar surgieron ruidos como de pasos, golpes, gruñidos y quejidos. El muchacho apartó bruscamente la mano, cerrando la portilla de golpe, y se dispuso a regresar a toda prisa a la casa…, pero cayó en brazos de Fridrik, que acababa de traspasar el portón del patio.

—¿A quién tenéis ahí dentro, a algún comerciante danés?

Lo dijo con esa ironía medio seria que ha de aplacar los mensajes desagradables. El chaval se quedó boquiabierto, clavó los ojos en Fridrik como si se tratara del Hombre de la Luna del que habló el barón de Münchausen, y respondió malhumorado:

—Bueno, creo que es esa especie de mujer que abandonó al niño la semana pasada.

—¿Y eso?

—Sí, la que agarraron en el cementerio mientras escondía el cadáver del niño en la tumba de Ólafur Jónasson, el Estudiante.

—¿Y por qué está aquí ahora?

—Parece que el juez le debe de haber pedido a su pariente que la guarde. No se la puede meter en la cárcel con los hombres. Eso dice mi madre.

—¿Y qué piensan hacer con ella?

—Bueno, creo que la quieren enviar a Copenhague para encerrarla, y cuando regrese a Islandia la ofrecerán como sirvienta. Si es que regresa algún día.

El muchacho miró asustado a su alrededor y sacó del bolsillo una cajita de rapé.

—Pero en realidad no debería estar hablando de nada que pueda escuchar en casa por casualidad…

Se puso la cajita debajo de un agujero de la nariz y sorbió el rapé con todas sus fuerzas. Con ello terminó la conversación. Mientras el hijo de la cocinera peleaba contra los estornudos, Fridrik se acercó a la celda. Se puso en cuclillas, levantó la portilla y miró dentro. Allí reinaba la oscuridad, pero la noche de verano filtraba luz suficiente por las grietas del tejado y sus ojos pudieron acostumbrarse enseguida a la oscuridad, y entonces reconoció una figura femenina en un rincón

de la celda. La prisionera.

Estaba sentada en el suelo de tierra con las piernas abiertas, profundamente inclinada sobre su bandeja, parecía una muñeca de trapo. En su pequeña mano tenía agarrado un trozo de cáscara de patata con el que recogía raspas de pescado y migas de pan; cogió las sobras, se lo metió todo junto en la boca y masticó cuidadosamente. Bebió un trago del vaso de hojalata y dejó escapar un hondo suspiro. Fridrik ya había visto más que de sobra de aquella miseria. Tanteó en busca del portillo para cerrar, pero golpeó la pared con la mano y se produjo un ruido sordo. Aquello atrajo la atención de la figura del rincón. Levantó la cabeza y lo miró directamente a los ojos; sonrió, y su sonrisa multiplicó por dos la felicidad de esta tierra.

Pero aún antes de que él pudiera responder con una inclinación de cabeza, la sonrisa ya había desaparecido del rostro de la mujer, y al instante la sustituyó una mueca tan horrible que a Fridrik se le saltaron las lágrimas.

*

Fridrik suelta el nudo, enrolla la cuerda en los dedos de la mano izquierda, pasa el ovillo por las yemas de los dedos y lo mete en el bolsillo del chaleco. Quita la lona del paquete. Aparecen entonces dos paquetitos del mismo tamaño, envueltos los dos en papel encerado de color marrón. Los coloca uno al lado del otro y empieza a desenvolverlos; ambos parecen contener exactamente lo mismo: listoncitos negros de madera, veinticuatro en cada montón. Mezcla las maderas como si fueran naipes de una baraja y comprueba que solo están pintadas de negro por un lado, pues por el otro son blancas, aunque tampoco son todas así, pues en un montón hay algunos listones negros y verdes y en el otro los hay de color azul y negro. Se acaricia la barba.

—Vaya, Abbadi, ciertamente un buen rompecabezas este que has ido arrastrando contigo durante toda tu vida…

Y ahora tiene lugar allí en el pequeño cuarto de estar de Brekka, en Dalur, un complejo y fantástico espectáculo. El señor de la casa toma en la mano los listoncitos de madera, uno tras otro, con mucho cuidado y los estudia con el mayor detenimiento; en las superficies pintadas de verde y azul hay letras… una frase en latín. Eso simplifica la adivinanza.

Decide resolver el enigma:

Empieza con las maderitas azules.

Fridrik B. Fridjónsson estudió Ciencias Naturales en la Universidad de Copenhague entre 1862 y 1865. Como tantos otros de sus compatriotas, nunca realizó los exámenes finales y, a cambio, durante sus tres últimos años en Dinamarca trabajó para la farmacia Elefant, que estaba por entonces a cargo del boticario Arnstrup, llamado Garganta de Águila,[2] en la calle Store Kongensgade. Allí aprendió Fridrik el oficio de mancebo de botica y se ocupó del archivo de drogas de la farmacia: éter, opio, gas hilarante, hongo matamoscas, belladona, cloroformo, mandrágora, hachís y coca. Además de usarse con diversos fines medicinales, estas sustancias estaban muy en boga entre los lotófagos de Copenhague.

Los lotófagos eran un grupo de gente cuya ideología estaba influida por la poesía de escritores franceses como Baudelaire, De Nerval, Gautier y De Musset; y organizaban festines (sobre los que corrían muchas historias, aunque pocas fueran verdaderas), cuyos asistentes se dejaban llevar por los efectos de aquellas plantas medicinales hasta mundos lejanos, en sentido tanto físico como psíquico, con celeridad y suavidad a la vez. También Fridrik era huésped regular de tales encuentros; y en una ocasión, justo al regresar de uno de sus viajes por la nebulosa montaña rusa, dijo a sus compañeros de viaje:

—¡He visto el universo! ¡Está compuesto solamente por versos!

Los daneses fueron entonces de la opinión de que hablaba como en rigtig Islaending, es decir, «como un auténtico islandés».

Su viaje a Islandia en el verano de 1868, en cambio, fue de una naturaleza muchísimo más pegada a la tierra. Había venido para vender la casa de sus padres, que habían fallecido de pulmonía durante la primavera, a solo nueve días de distancia uno y otro. La propiedad en sí no era nada especial: la casa rural de Brekka, la vaca Kreppilhyrna, unas cuantas cabezas de lanar, un violín, un ajedrez, una caja de libros, la rueca de la madre y el gato Litli-Frikki. Por eso no tenía intenciones de quedarse mucho tiempo; no tardaría demasiado en vender la finca a alguien de la comarca, pagar las deudas, empaquetar los trastos, colgar al gato y quemar casa y dependencias que, por lo que Fridrik sabía, estaban ya medio derruidas.

Sí, eso es exactamente lo que habría hecho si el universo no hubiera tocado para él aquella melodía inesperada; sucedió en aquel penoso cuchitril, una luminosa noche de junio.

*

Los listoncitos de madera bailan en las manos de Fridrik; lo que tenía todo el aspecto de ser un enigma irresoluble parece guiar ahora sus dedos. Todo parece indicar que el rompecabezas posee la mágica propiedad de solucionarse a sí mismo; de modo totalmente involuntario, el hombre va uniendo unas piezas a otras, y en cuanto se rozan por el borde, quedan unidas de tal modo que es imposible separarlas, y así otras y otras más; hasta que las maderitas azules forman un fondo y las demás son paredes y ángulos y surge una especie de artesa alargada y bastante alta, blanca por dentro y negra por fuera.

Y la frase del fondo se muestra con claridad: Omnia mutantur - nihil interit. Fridrik esboza una sonrisa de reconocimiento: «Todas las cosas se mutan - nada perece». No consigue imaginar qué mágico y habilísimo artesano pudo darle semejante tesoro a Hafdís, con el añadido de un aforismo del viejo Ovidio.

Detrás de la casa se oye un mugido.

Nuestro maestro de enigmas despierta de sus cavilaciones; es Kreppilhyrna II, exigiendo que la atiendan.

Fridrik deja a un lado su labor y se apresura a ir a la vaquería; aún no ha asimilado bien la nueva disposición de las cosas en Brekka; era Abba quien se ocupaba de los animales.

*

El incremento de veinte táleros en la beca de estudios importaba la contraprestación de que los becarios acompañaran a la tumba a los difuntos solitarios. Fridrik cumplía esta obligación tan concienzudamente como cualquier otro, pero como su ocupación principal era la lectura y se pasaba la mayor parte del tiempo en la librería de Host, aceptó encantado el ofrecimiento de hacer guardias nocturnas en la morgue de la ciudad. Allí tomó enseguida otro trabajo más: traducir, para un estudiante de anatomía de Christiania, tonto de remate aunque más que pudiente, artículos de revistas médicas extranjeras. Así que Fridrik se pasaba noche tras noche, en la penumbra de un candil, vertiendo al danés informes sobre los métodos más recientes para mantener con vida a los seres humanos, mientras en las plataformas que tenía a su alrededor yacían cadáveres a los que ya no se podía prestar ayuda alguna, pese a las espléndidas noticias proporcionadas por los más recientes avances en el tratamiento médico con electricidad.

En el tercer volumen del London Hospital Report, Año 1866, Fridrik se topó con un artículo sobre la clasificación de retrasados mentales, redactado por un médico londinense llamado John Langdon Down. Intentaba explicar un fenómeno que causaba muchos quebraderos de cabeza a la humanidad desde tiempo atrás: que, de vez en cuando, mujeres europeas daban a luz niños subnormales de aspecto asiático. De acuerdo con la teoría del médico, la causa se hallaba en enfermedades padecidas por la madre o en ataques producidos durante el embarazo, lo que motivaba que los niños llegaran al mundo antes de culminar su desarrollo. Esto podía suceder en cualquier momento del proceso de desarrollo del feto, ya suficientemente conocido: pez-reptil-ave-perro-simio-negro-amarillo-indio-blanco; aunque al parecer tenía lugar con especial frecuencia en el séptimo estadio.

De modo que los niños mongólicos de Down no habían alcanzado el pleno crecimiento, y estaban condenados a seguir siendo infantiles y dependientes toda su vida. Pero, al igual que sucedía con los miembros de otras razas atrasadas, con un adecuado tratamiento y mucha paciencia se les podían enseñar bastantes cosas útiles.

En Islandia se los quitaban de encima nada más nacer.

A diferencia de lo que sucedía con los idiotas de otro tipo, en los que hasta más tarde no se podía notar que fueran incapaces de alcanzar la inteligencia normal, saltaba a la vista de todos que el niño Down estaba hecho según otra fórmula distinta que los demás, incluso de un material diferente y extraño; el pelo era más espeso, la tez amarillenta, el vientre hinchado, la piel esponjosa y los ojos rasgados como rajas en una lona.

No eran necesarios más testimonios; antes de que consiguiera soltar el primer grito, la comadrona le tapaba la nariz y la boca y así volvía a enviar a la criaturita al gran caldero de almas del que ha surgido la humanidad entera.

Se declaraba al niño nacido muerto y se dejaba el cadáver en manos del sacerdote más cercano. Este confirmaba de qué sexo era, enterraba al desdichado, y no se volvía a hablar del asunto.

Pero siempre había algún malogrado bebé que conseguía sobrevivir: sucedía en lugares remotos, perdidos de la mano de Dios, donde a nadie le importaba si había madres que se creían capaces de arreglárselas con los niños, por muy extraños que fueran. Y luego, naturalmente, las criaturas desaparecían, se perdían en los campos por culpa de su propia estupidez; dejaban sus esqueletos en los senderos del páramo, se los encontraba medio muertos en los pastizales más altos, o sencillamente caían en medio de la existencia de algún desconocido.

Y como los pobrecillos no sabían quiénes eran ni desde dónde los

había empujado el viento, las autoridades locales los dejaban en el pedazo de tierra donde había concluido su viaje.

A los campesinos les causaban muchos inconvenientes estos «enviados del cielo», y a la gente de la casa le resultaba degradante compartir su sala de estar con aquellas deformidades.

*

No cabía duda alguna de que la desdichada muchacha que estaba prisionera en el patio trasero del tío del juez de Reikiavik, era uno de esos inocentes asiáticos que no poseían nada más que el aliento de su boca.

Se limpió la comida de las manos y abrazó la cabeza del joven que lloraba en la portecilla abierta de aquel gallinero; lo tranquilizó con las palabras que aquí siguen:

—Fuurru amh-amh, furru amh-amh…

El valle se oscurece; la larga noche de invierno comienza su ascenso ladera arriba. Es como si las tinieblas tuvieran su manantial en la tumba abierta en la esquina occidental del cementerio de Botn; que primero oscurece allí y luego se va ensombreciendo el mundo entero. Y es exactamente en ese instante de la última luz: cuatro hombres aparecen en la puerta de la iglesia con un ataúd sobre los hombros, y el sacerdote les sigue inmediatamente detrás, y luego vienen varias de esas mujeres ancianas, vestidas de negro, que nunca faltan cuando entierran a alguien. El paso del cortejo fúnebre es rápido, como en una danza, las pisadas cortas y los movimientos bruscos, pues el sendero del cementerio está lleno de hielo, aunque habían encargado a Hálfdán Atlason que lo quitara mientras en el interior de la iglesia cantaban el responso por su amiga. Ahora está en el portal de las ánimas haciendo sonar la campana de difuntos.

Las rachas de viento llevan el canto del cobre valle arriba, hasta el interior de la sala de Fridrik, y allí oye sus ecos… no, es la certeza de que el entierro de Abba está teniendo lugar en ese preciso momento lo que hace resonar una campana diminuta dentro de su alma.

Está dando los últimos toques al gemelo del rompecabezas; es exactamente igual que el otro, excepto que el fondo es verde y la frase latina es otra; pero también se debe al autor de las Metamorfosis, y dice así: «Ligero se hace el peso que bien se lleva». Y es en el momento mismo en que los enterradores de séra Baldur descienden el chapucero ataúd al interior de la negra tierra de Botn y la oscuridad lo cubre todo en el valle, cuando se hace la luz sobre el paquete que Hafdís Jónsdóttir llevó consigo a Dalur el día que Fridrik B. Fridjónsson, alumno favorito del tío del magistrado de distrito, consiguió librarla de su condena alegando deficiencia mental, a cambio de que quedara a su cuidado mientras viviera.

Sí, al juntar las dos partes del rompecabezas, formaban un ataúd artísticamente construido y reluciente de barniz.

*

Cuando Fridrik B. Fridjónsson llegó de Reikiavik con su extraña amiga y se instaló a vivir en la propiedad de su padre en Brekka, servía por entonces en la parroquia de Dalur un hombre apolillado al que llamaban reverendo Jakob Hallsson el de la pupila, pues de pequeño se había sacado un ojo con un anzuelo.

Este pobre cura era malamente tratado por sus parroquianos (agarrones, ruidos corporales y gritos), y fingía no oír cuando Abba cantaba con él durante la misa, y además en voz bien alta, tan campante, sin seguir la melodía. A él le preocupaba más que su sochantre se ahogara en los vómitos provocados por sus paisanos. Era este un campesino llamado Gilli Sigurgillason, de Barnahamrar, un hombre de voz potente que cantaba haciendo aspavientos y muecas, y que abría tanto la boca en los agudos que se le veía hasta la campanilla, y los parroquianos jugaban a tirarle pellas húmedas de tabaco de mascar… y varios de ellos habían llegado a adquirir una puntería bastante buena.

Cuatro años después murió el reverendo Jakob, y la congregación lo lloró mucho; se le consideraba como un hombre feo y aburrido, pero también bueno como un niño.

Su sucesor fue séra Baldur Skuggason, y con él llegaron otros tiempos muy distintos a la vida parroquial de Dalur. Los hombres estaban sentados en los bancos en silencio y no abrían la boca mientras el pastor les transmitía la buena nueva, pues ya sabían muy bien cómo se las gastaba con los revoltosos; les ordenaba ir a verlo después del servicio divino, iba con ellos detrás de la iglesia y los golpeaba. Y las mujeres se volvieron unas santas desde el primer día, como si jamás hubieran participado en las bromas pesadas que gastaban al reverendo de la pupila. Les decían a los patanes con los que estaban casadas o a los que estaban prometidas, que se merecían una buena tunda desde hacía ya tiempo; y que se la diera precisamente el nuevo pastor, un viudo sin hijos.

Gilli de Barnahamrar cantaba ahora más alto que nunca, a toda velocidad, como la maza de una quesera. Pero el cura ordenó a Fridrik que dejara a Abba en casa; la palabra de Dios había de llegar a los oídos de la congregación «impoluta de las necedades de una subnormal», como lo expresó séra Baldur tras la primera y única misa a la que asistió Abba en su iglesia.

Desde entonces, Fridrik y Hafdís tuvieron escaso trato con la gente de Dalur.

Hálfdán Atlason se escapaba a visitar a Abba siempre que podía. Pero el cura de Botn daba un amplio rodeo cuando aparecían en su camino.

*

El cementerio de Dalbotn se encuentra en las márgenes del río Botn. Es un río de mediano tamaño, reposado, bastante profundo y de altas orillas; hay hondas extensiones cenagosas por doquier, turba que

se deja recoger muy bien, y un considerable número de esos traicioneros pantanos que parecen tierra rojiza. Tras un invierno de mucha nieve, el río se sale de madre. Desborda su cauce con tal furor demoníaco que su grisácea y sucia corriente brotada del glaciar se precipita por encima de las orillas, inunda las ciénagas y forma un lago en el cementerio; y en su centro, la iglesia se yergue en un islote. Pero no es posible aproximarse a la casa de Dios rodeada por las aguas hasta que el camposanto ha absorbido suficiente agua lechosa de las montañas como para cubrir apenas los tobillos de las muchachas; pero la tierra consagrada está embebida en agua y los pies de las personas siguen hundiéndose en ella hasta mucho después del verano.

Tras semejantes embestidas del Botn, las orillas del río retroceden y el agua va escurriéndose del cementerio hacia el río. Los hombres ven entonces que lo único que sabe hacer la naturaleza con los cadáveres es amontonarlos todos en un revoltijo, dientes y coxis, dedos de pies y de manos, adultos y niños, mandíbulas inferiores y cueros cabelludos, nalgas por acá, pelvis femeninas por allá, columnas vertebrales de este siglo, la barriga de un hombre del siglo pasado.

No, no podía decirse que el de Dalur fuera un cuidado jardín, un huerto del Señor; y las gentes tenían que ser verdaderos paisanos de sus paisanos para decidirse a ir al encuentro de sus deudos en semejante estado.

Fue por todo eso por lo que el lunes 8 de enero de 1883, séra Baldur cantó el responso en honor de quien Fridrik el herbolario consideró el único adecuado para alguien incapaz de permitir a una idiota desafinar junto a su párroco: una funda de edredón rellena con treinta quilos de estiércol de vaca, el esqueleto de una borrega vieja, una frasca de aguardiente vacía, un culo de barril y una palangana de madera carcomida.

Para Abba habría otra compaña y otra tierra más hermosa.

Sol de los espectros es una palabra que los poetas aplican a su amiga la luna, y resulta muy apropiada esta noche en que su pálida luz cenicienta baña el bosquecillo que crece en las laderas, más arriba de la granja de Brekka. El pequeño bosque es la amorosa obra de Abba y Fridrik, pero pocas cosas eran más objeto de burla y risa entre las gentes de Dalur que aquel cultivo; aunque se reían de casi todo lo que ambos hacían.

El serbal traza siluetas sobre la tierra congelada, sopla leve el viento entre las ramas desnudas, en alguna queda el resto reseco de una baya que los pájaros descuidaron el año pasado.

Fridrik asciende lentamente la ladera, lleva en sus brazos el cuerpo de una mujer. En mitad del bosquecillo hay una fosa recién excavada; en el borde de la fosa hay un ataúd abierto. El hombre se dirige hacia el ataúd y deposita el cuerpo en él. Entonces da un paso atrás, pero la luna está inmóvil:

Hafdís está bien ataviada para su último reposo. Luce sus ropas nacionales de gran fiesta, todo su atuendo está cuidadosamente confeccionado: en la cabeza lleva un tocado con borla y un largo velo sujeto por un aro de plata, en torno al cuello un chal de seda de color violeta, la chaquetilla es de tejido inglés y por debajo se ve el corpiño orlado en filigrana de oro, el delantal de damasco rosa cerrado con botones labrados en plata que tienen grabada la letra A, la falda está orlada en terciopelo y los pies van cubiertos por medias y calzas rojas, los zapatos son de piel de ternero, de color de brezo, con incrustaciones blancas, y las manos están cubiertas por mitones negros con una flor de cuatro colores en el dorso.

El costoso atavío se lo había comprado Abba, pagando con el salario que recibía por su ayuda en las extrañas tareas que se emprendían en Brekka: ir a recoger hierbas y preparar con ellas unos libritos sobre flora islandesa, «con cincuenta y siete especímenes, secos y auténticos», como de ellos se escribía en un artículo sobre Islandia en la Illustrierte Zeitung; los jóvenes románticos regalaban estos libros a sus prometidas, así que las últimas páginas se dejaban en blanco para que en ellas pudieran escribirles delicados poemas.

Fridrik se arrodilla al lado del ataúd, sostiene en su mano un libro muy distinto: es grueso y más ancho que largo, y entre las páginas hay plumas de ave. Es el libro de pájaros de Abba, en él coleccionaba plumas con amor y esmero. Las

pegaba en las páginas y, a su dictado, Fridrik escribía el nombre y la especie del pájaro, así como el lugar del hallazgo. Muchas veces se

había preguntado de dónde podía haber sacado Abba todo su saber sobre los pájaros, pero de ella era imposible obtener respuesta alguna, y cuando intentó enseñarle algo más de ciencias naturales, se lo agradeció muy galantemente, pero dijo que solo le interesaban los pájaros.

En la página de título había escrito ella misma:

«Ls PÁJaros deL MUndo - AbbA de BreKKa».

Fridrik deja el libro sobre el pecho de Abba y le cruza las manos sobre él. Sin querer, las aprieta más fuerte de lo que pretendía y siente sus finos dedos a través de los mitones. Y entonces nota un mínimo alivio: aquellas son las manos que lo consolaron tras la pérdida de sus padres.

La besa en la frente.

Cierra el ataúd.

Fridrik termina de llenar la fosa. Se quita la gorra, la pliega y se la mete en el bolsillo de la chaqueta. Se quita los guantes y los mete bajo el brazo.

Se hinca de rodillas.

Inclina la cabeza.

Suspira profundamente.

Se inclina hacia delante y mira a través de la tierra, hacia donde cree ver el rostro de Abba, y le recita dos poemas. El primero es un canto de optimismo; una pequeña melodía de pájaros compuesta por él mismo:

> Un ave de estío cantaba
> en un día soleado:
> el gozo volar me hacía
> por el cielo arrebolado
> a encontrarme con mi amor.
> De menudas aves canto
> sobre silva de serbal.

Y el segundo es el comienzo de una balada, una Vikivaka perdida. Habla de la suerte que aguarda a todos los seres vivos, sin necesidad de grandes convulsiones en este mundo:

> Cae la tierra,
> todo se hunde y se deshace.
> La carne es polvo - cuando se entierra a alguien.

Se pone en pie, se coloca la gorra y busca en su bolsillo una flautita de hueso de oveja. Y toca el estribillo de «Muerte de un ruiseñor», de Franz Schubert, y así enlaza los dos poemitas.

Entonces, por fin, los ojos de Fridrik se llenan de lágrimas; corren por las mejillas pero se detienen a medio camino: tanto frío hace. Y entonces saluda a Hafdís Jónsdóttir con las mismas palabras con las que ella lo saludaba a él:

—¡Abba-ibó!

*

Entre las cimas de los montes, al oeste, se ve el universo, brillan tres de las estrellas de la constelación del Cisne.

Pesados bancos de nubes oscurecen el valle.
Nieva hasta la mañana.

El cielo está despejado y la aurora tan negra como solo puede llegar a serlo en invierno. Fridrik B. Fridjónsson está fuera de la casa, en el granero de Brekka; en el umbral de la puerta fumando en su pipa tabaco mezclado con opio.

Algo se frota con su pierna y allí está el gato más viejo de todas las tierras del norte: «Littli-Frikki». Tiene frío tras su gatuno Winterreise y está pidiendo que lo deje entrar. Así lo hace su amo.

Poco después ve a un hombre salir de la granja de Dalbotn. Es séra Baldur Skuggason, pero más parece un segador en medio del paisaje. Un objeto alargado destaca sobre su hombro izquierdo: la escopeta.

Baja por el prado de la granja y toma dirección norte por los altos, hacia Bjargur.

Fridrik el herbolario se sacude la pipa en el tacón del zapato.

Y entra a acostarse.

III

(11 - 17 DE ENERO DE 1883)

Suena el estampido del disparo. Rasga la sagrada paz de los páramos como un cortaplumas un trozo de papel.

El cañón de la escopeta escupe el fogonazo.

Y la detonación de la pólvora brama:

«¡OÍD AL HOMBRE!».

El zorro es arrojado a lo alto con un gemido lastimero.

Séra Baldur se pone pesadamente en pie.

Ante los ojos tiene soles purpúreos y destellos de fuego, y en los oídos, un pitido rugiente. Sus piernas están entumecidas de tanto tiempo tumbado sobre la nieve, pero el flujo de la vida corre por su cuerpo en cuanto empieza a moverse.

El sacerdote se acerca tambaleándose a la piedra y contempla al raposo. Sí, sí, está ahí, completamente muerto. Se deja caer sobre la rodilla derecha y agarra la cola del peludo animal; parece bastante entero…, tendrá un buen precio.

Se incorpora, se mete el zorro bajo el abrigo.

*

El pico más alto de las montañas de Ásheimar se llama Pico Oriental. La falda delantera del pico apunta más o menos hacia el oeste, y en lo más alto hay un promontorio, puntiagudo como cuchillo, apuntando hacia la ladera que llaman del Mediodía, aunque en realidad da al sursuroeste.

En las ventiscas del noreste suele acumularse una enorme cantidad de nieve en la cara sur del promontorio, y llega a alcanzar desde lo más alto de la más elevada cima hasta el fondo de todo: hasta los pies de las montañas.

Allí estaba séra Baldur con el arma de fuego en la mano izquierda y la otra metida hasta la muñeca dentro del abrigo, como un Napoleón del páramo.

Entonces llegó la respuesta de la montaña al disparo.

*

El ventisquero se desgarra por el centro con tan gran fragor que el polvo de nieve se arremolina en torno a séra Baldur. Envuelve su silueta y le impide ver en cualquier dirección. Y la parte inferior del helero se pone en marcha monte abajo…, arrastrando consigo al sacerdote.

Cayó por la escarpadura dando tumbos y apoyándose, ora en las palmas de las manos, ora en los pies, sin poder detenerse un solo instante, y perdió su gorra de piel y su escopeta. Así recorrió un largo camino a cuatro patas hasta que aterrizó por fin sobre las dos piernas a la vez. Consiguió mantenerse en pie contra la avalancha por un

breve rato antes de volverse a ver arrastrado por ella… a ratos encima, a ratos debajo de la nieve; a veces enterrado solo hasta la mitad, pero casi siempre cubierto por completo. Así voló séra Baldur.

Todo el tiempo conservó la consciencia y nunca estuvo completamente cubierto por mucho rato.

*

Así viajó el hombre unos doscientos metros montaña abajo, donde se detuvo la avalancha. Era al lado de los despeñaderos, en el borde de la Silla de Freya, que es como llaman a una hondonada que hay en las laderas de Ásheimar. Allí abajo empieza el escarpado precipicio que dicen Las Mejillas, que se van haciendo progresivamente más llanas hasta acabar en la base del glaciar.

Séra Baldur se quedó inmóvil, recuperándose de su viaje. Estaba agotado y tosía un poco, apenas había podido tomar aire suficiente en su caída monte abajo. No conseguía llenar los pulmones, porque la nieve seguía presionando por todos lados. Estaba completamente cubierto, excepto la cabeza y el hombro derecho, que sobresalían de la nieve. Intentó moverse, pero apenas consiguió desplazar una pizca la pierna derecha y levantar un poco el hombro. Sintió un dolor en el muslo izquierdo y se hizo idea de que estaría herido, pues sentía la pierna aletargada.

El aire era tibio, en el cielo había nubes y claros y soplaba una leve brisa desde el sur; y sobre el horizonte se deslizaba el sol invernal: rojo y gordo como la yema de un huevo de cuervo. Era el buen tiempo, que había estado esperando al acecho tras las furiosas oleadas tormentosas del día anterior.

*

Una sombra cayó sobre la nieve y en ese mismo instante se posó allí un cuervo. Inclinó la cabeza de lado y observó al hombre prisionero en su trampa helada. Sera Baldur movió con fuerza la cabeza e intentó con insultos que se alejara aquel huésped no bienvenido:

—¡Lárgate, monstruo, recadero de Odín!

Pero el cuervo lo obedeció entonces tan poco como cualquier otro día. Llamó a su compañero y la siguiente vez que el sacerdote lo miró, los pájaros eran ya dos. Daban pasitos adelante y atrás y afilaban los picos mientras alargaban la cabeza hacia el hombre y rompían a graznar con su odioso canto de aves carroñeras:

—Cras, eras…

Y entonces se acercaron dando saltitos, como dispuestos a darse un

atracón. Pero cuando el más grande de los cuervos consiguió agarrar la bufanda del sacerdote y empezó a arrancar los puntos de la lana, séra Baldur decidió que ya era hora de abandonar su prisión. Tras muchos esfuerzos y empellones a la nieve, consiguió liberar la pierna derecha, y poco después soltó el brazo.

Y tras un prolongado y agotador esfuerzo salió de la blanca tumba, la mayor parte del tiempo lo había pasado manteniendo a raya a los cuervos a base de gritos y bolas de nieve.

*

Aunque séra Baldur estuviera ya en la superficie, aún no se había librado de la nieve por completo. Durante el descenso se le había ido metiendo por todas partes entre las ropas, incluso había alcanzado la piel. Y la nieve medio derretida empezó a correr en gélidos regatos por los brazos, por el pecho y la espalda, y acababa metiéndose en sus zapatos.

El sacerdote dejó escapar un gruñido profundo cuando el agua empezó a calentarse con el contacto de su cuerpo maltrecho.

*

Séra Baldur empezó a pensar en el camino de vuelta a casa; seguramente debería seguir la sierra hacia el oeste, hasta llegar al barranco… O ir en dirección contraria e intentar seguir el río Mjadará… O… El sacerdote no podía concentrarse en sus cavilaciones por los gritos de los cuervos hambrientos. Iban de un lado a otro en círculos, desazonados por el hambre, se dejaban caer al suelo graznando y golpeaban con sus alas la tierra helada.

Amenazó a las aves con el puño y gritó:

—¡Callaos, u os aso vuestras malditas cabezas!

La gente de Dalbotn sabía un remedio contra el dolor de cabeza, que consistía en torrar una cabeza de cuervo en un cazo y mezclar las cenizas con lejía fuerte. Luego se untaba la mezcla sobre el lugar dolorido y se dejaba allí hasta que el mal desaparecía.

Y aquello asustó tanto a la pareja de cuervos, que obedecieron. Dejaron de graznar, alzaron el vuelo desde la superficie de nieve y se deslizaron con levedad, alejándose del borde de la masa de nieve sin mover siquiera las alas. Allí los recogió la corriente ascendente y los elevó hasta que se perdieron en el azul.

Entonces eran bellos.

*

Séra Baldur carraspeó con fuerza para lanzar un escupitajo a los pájaros, pero antes de que consiguiera reunir suficiente saliva oyó un profundo silbido en lo alto. Miró por encima del hombro y observó el pico de Ásheimar; la parte superior del ventisquero había desaparecido de la cima.

Y en ese mismo instante llegó la avalancha hasta él. Golpeó al sacerdote en la espalda y lo arrojó al vacío desde el borde del roquedal. Al ser arrastrado rozó el borde puntiagudo de las rocas, y el pasamontañas de lana se desgarró hasta la coronilla y le arrancó un profundo bocado de carne de la nuca.

Mientras caía, pensó que las heridas serían menos peligrosas si dejaba el cuerpo inerte. Cuando llegó a Las Mejillas se quedó parado por un momento, pero enseguida volvió a precipitarse a toda velocidad, a la mitad de velocidad que antes. Séra Baldur sospechó que aquellos podían ser sus últimos momentos de vida y, naturalmente, hizo lo posible para rebelarse contra el destino. Se esforzó en mantener la cabeza fuera del alud de nieve, levantándola como mejor podía.

El sacerdote oía el alud bramar por todas partes a su alrededor, pero no parecía estar causándole excesivos daños, hasta que empezó a sentir dificultades para respirar.

*

Poco después concluyó el infernal viaje del pastor por la nieve helada.

Y el alud se alzó como una ola del mar sobre una playa de roca, y al romper contra el pedregal del glaciar depositó al hombre en una covacha que se abría la peña…, una especie de grieta alargada que se había formado a finales de la última edad del hielo, cuando la lengua del glaciar se desplomó pesadamente sobre el pie de la montaña, arrancándole un gran pedazo.

Séra Baldur fue arrojado, así, a una grieta debajo del glaciar.

Y que la avalancha cerró con todo su peso.

Estaba en el suelo, de espaldas, la pierna derecha tiesa, levantada aproximadamente un metro por encima de la cabeza, la izquierda estaba encogida y el brazo izquierdo descansaba sobre su vientre. El brazo derecho estaba también retorcido de una forma extraña. El morral se había soltado del brazo izquierdo y la correa de cuero estaba enrollada en el codo izquierdo y le aprisionaba el brazo.

El pastor se encontraba en bastante mal trance, aunque no sufría por ello, pues estaba demasiado aturdido.

*

Ahora podía sentirse satisfecho séra Baldur de lo bien pertrechado que iba.

Era su madre, Nál Valdimarsdóttir, quien lo había vestido para la cacería. Llevaba ropa interior de lana gruesa, tan bien bataneada que se mantenía en pie por sí sola, una capa intermedia de pelo de liebre, dos jerséis de lana, uno más ligero y otro mucho más grueso y prieto, pantalones de lana de los que llaman daneses, los pies cubiertos por tres calcetines de punto y unos zapatos de piel de foca sin afeitar. Al exterior vestía pantalones y zamarra de cuero con doble botonadura, de botones de hueso de ballena.

Lo más importante era, sin embargo, que Nál había puesto a su hijo una bufanda tejida por ella misma. Se había envuelto la cabeza con la bufanda para hacerse invisible al zorro, y aquel proceder había evitado que en la primera avalancha el pastor no perdiera nada más que la gorra que llevaba encima, que era de piel de cabra y fabricación alemana, y que en el segundo alud consiguiera mantener en su sitio el pasamontañas de lana, aunque en su cabeza solo quedara ya la mitad de él.

En el pecho llevaba el zorro muerto.

*

Entonces se raja la montaña a espaldas del hombre. En la abertura aparece una mujer joven, vestida solo con azules calzas de lana y una gorra roja con borla en la cabeza. Coge al hombre de la mano y lo conduce hasta una sala de bajos techos. En mitad del suelo hay una fuente, y en el agua flotan bolitas de plomo, aunque no se hunden, y son tantas que la superficie está gris de perdigones.

Se vuelve hacia él y dice:

—Esta es la fuente de la vida.

El pastor se revolvió en su sueño y despertó a medias.

El glaciar arrojaba sombras azules en la fisura de la montaña, y con su resplandor pudo hacerse séra Baldur una idea de cómo era el lugar en que se encontraba. Estaba bajo una pared que había de ser la oriental. Mientras dormía se le había aflojado un poco la pierna izquierda, pero la derecha estaba aún estirada y rígida, hacia lo alto. No podía incorporarse y no lograba recuperar la postura normal, no conseguía alterar la posición en que lo había dejado la tormenta.

Pronto los esfuerzos lo dejaron exhausto, lo inundó el sopor y perdió de nuevo la consciencia.

*

El hombre tuvo la sensación de que solo había parpadeado, pero cuando lo sobresaltó la ruidosa caída al suelo de su pierna derecha, pudo ver con extrañeza que en el ojo de hielo de la boca de la cueva brillaba un arco iris. Era incapaz de comprender cuál podía ser el origen de aquellos colores, pero supuso que sería ya de noche y que las hermanas de la aurora boreal lo habían acompañado en su viaje desde Ásheimar…, que estaban saludando a su viejo amigo, Baldur Skuggason.

El pastor pensó que era muy amable por su parte.

Se había quedado medio helado, de modo que intentó moverse y recuperó algo de calor. Pasó la noche durmiendo a ratos, pero cada vez que despertaba se movía… aunque no demasiado, para no cansarse. La correa de la mochila seguía apretándole el brazo derecho y no conseguía alcanzar el cuchillo que llevaba en el cinturón, para poder cortarla.

El hombre sabía que era posible vivir largo tiempo en la nieve, pero no ignoraba que el glaciar resultaría ser un cobertor muy frío… aunque al menos se iría librando poco a poco de la nieve que se extendía a su alrededor y que acabaría por derretirse.

Así fue la noche del segundo día.

*

A la mañana siguiente, el calor de la máquina corporal de séra Baldur había triunfado sobre la nieve del brazo izquierdo y de la cabeza. Había recuperado bastante la conciencia y pudo incorporarse a medias. Comprobó entonces que la nieve estaba oscura en el lugar donde había tenido apoyada la cabeza. Y al tiempo que lo veía, sintió

un escozor en el cuello. Se quitó la manopla, extendió la mano hacia detrás del cuello y se tocó: era como si en el sitio donde la carne se hincha un poco entre la nuca y el cuello de la camisa se abriera ahora una boca.

Estuvo palpando aquel extraño fenómeno un buen rato antes de apartar la mano. Estaba cubierta de sangre, que parecía negra a la débil luz de la gruta. Séra Baldur se chupó la sangre del dedo; ni el más mínimo alimento que pudiera contener debería desperdiciarse. Luego colocó la manopla sobre la herida, pasó la bufanda alrededor del cuello, y apretó.

Cayó en un profundo sueño.

*

Entonces oscureció; no fue haciéndose oscuro poco a poco, sino de golpe, y todo se volvió negro como la pez.

Hacia medianoche, según sus cálculos, sintió que la nieve se había convertido ya en agua, y a lo largo de la mañana del cuarto día séra Baldur se había librado del hielo hasta el punto de conseguir soltarse el cinturón, coger el cuchillo y cortar la correa que le había estado torturando. Se sentó y atrajo hacia sí el morral. Allí tenía provisiones: una cabeza de bacalao seca.

Y una cabeza seca de bacalao es más que un manjar exquisito, es un entretenimiento. Mientras el hombre iba separando la carne del hueso, se la metía en la boca con la punta del cuchillo y masticaba tan despacio como podía, pues aquello tenía que durarle lo más posible, se entretenía nombrando todos los huesos y bocados de la cabeza:

—Hueso de quijada y carne de quijada, hueso de lengua y carne de lengua, hueso de paladar y carne de paladar, hueso de nariz y carne de nariz, hueso de sien y carne de sien, hueso de malar y carne de malar, hueso de branquia y carne de branquia, nuca y carne de nuca.

Séra Baldur se retorcía de risa. Veía ante sí a la viejísima mujerona, su madre, con el hueso de branquia sobre el retorcido labio inferior, y su sonsonete:

—Este trocito, este trocito…

El pastor no podía contener la risa. Se agarraba el estómago y reía. Rio hasta que la risa se convirtió en llanto. Lloró y su llanto era amargo.

Sí, lloró amargamente por el destino que lo obligaba a estar solo y a no tener a nadie con quien compartir la diversión que es capaz de proporcionar una cabeza de bacalao.

*

El quinto día debajo del glaciar, el sacerdote empezó a sentir inquietud por su cordura; hizo lo que más natural le resulta a un islandés cuando se encuentra solo y atrapado: recitar rímur, concentrarse en la métrica y las rimas, cantar para sí mismo lo más fuerte y mejor posible y, si todo eso fracasa, abrir el tarro de los salmos. Es un método antiguo e infalible para conservar la razón.

Séra Baldur atacó meticulosamente su repertorio. Cantó y recitó todo lo que sabía, incluyendo los salmos del rey David. Pero cuando ya no le quedó nada más que el plato fuerte de séra Jochumsson y algunos poemas burlescos de su colega Thorarensen, y decidió renunciar a uno y otro, pensando que era preferible volver a empezar, descubrió con gran asombro que lo que había salido de su boca era como si hubiese desaparecido de su memoria. No quedaba allí ni una sola palabra, no había ya ni una sola letra.

Se sobresaltó enormemente e intentó comprobar si era realmente así; cantó con gran énfasis el Himno Nacional de cabo a rabo y… ¡asombroso!: al acabar su declamación no recordaba ni una letra.

Había llegado el momento de recitar a séra Gísli.

*

LISTA DE COMPRAS PARA LA CIUDAD

Papel, tinta, pluma y pintura,
pimienta, tabaco y alcanfor pura;
un yunque de hierro, cristal de ventana,
buen vino, ron y ginebra sana;
uvas y ciruelas, cáñamo y lino,
cien libras de café, corchetes y un pepino;
todo eso he de comprar
en cuanto a la tienda consiga llegar.
Y ahora está aquí mi señora,
que compra aguardiente, pues es bebedora,
tetera, pañuelo de seda, jabón de lavar,
seis platos y estupendo orinal,
peine y cepillo, cuentas y bufanda;
todo, porque así el armario agranda,
e incluso, sin ningún rubor,
si hace falta se lleva hasta al vendedor.

*

El poema sonaba in-ininterrumpidam-mente en la ca-cabeza del hombre-bre como una mosca ence-rrada en un vaso, s-sin qu-que pudiera evitarlo. Te-tenía ca-calor y fri-frío, calor he-helado y frío de fu-fuego a la ve-ez. Intent-tó con todas sus fu-fuer-zas record-recordar otras his-historias, ot-otros poemas, pero to-todo se había ido, se había-ía escap-pado de su memoria congelada, y so-olo tení-tenía un úni-nico pesam-iento acuci-ciante:

—Ay, a-ay, qué ho-orror mori-ir con es-ta absur-absur-da lista de compras, lis- lista de com-compras e-en los la-labi-labios.

Pensó el pa-pa-pasto-or, apre-etó fu-fuer-te la bo-ca para evitar que, que, que sus ú-úl-últimas pala-labras fue-eran, por ejem-ejemplo, «cien libras de café». Aunque la ver la verdad e-era es-sa y-y no no había-había más testi-testigo en la ho-hora de su mu-muerte que que la «Es-e Te-e», la sa-sa-santísi-sima trini-da-a- ad, entonces no le im-no le importa-a-ba. Y de de pro-pronto sér-a Bald-ur sin- sintió-ó pe-pena de sí mis-mismo mismo.

Susu-susurró a la la oscu-oscuri-ridad:

—U-un agu-aguje-ro as-quero-o-so.

Eso le hizo sentirse algo mejor.

Y esperó su muerte.

—¡Eh! ¡Séra Baldur! ¡Baldur Skuggason! ¡Eh!

Los gritos que llegaban hasta los oídos del moribundo sonaban como surgidos del estómago de una ballena; la voz era sorda, y la lejanía la hacía también un poco chillona:

—¡Eh, séra Baldur, eh!

El sacerdote se despertó por completo de su letargo mortal:

—¡Eh! ¡Aquí, buen hombre! ¡Eh!

Guardó silencio para escuchar la respuesta:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!

Se quitó el pasamontañas y volvió el oído derecho en dirección a la azulada pared de hielo, pero no oyó nada… volvió la oreja izquierda: nada en absoluto.

—¡Aquí abajo! ¡Eh! ¡Aquí abajo!

Gritó y chilló y luego se puso a escuchar, apenas se movía para que los crujidos de sus ropas de cuero no apagaran los sonidos de fuera. ¡Sí! Estaba allí; más cerca. Sonó un grito apagado:

—¿Estás ahí? ¡Eh!

—¡EH! ¡AQUÍ! ¡EH!

Séra Baldur lloró con todas las fuerzas de su alma y de su cuerpo.

*

—¿Quieres dejarme sordo?

El corazón de séra Baldur dio un vuelco. Quien le hacía aquella pregunta no era un miembro de un equipo de búsqueda, desde el exterior, sobre la superficie de nieve endurecida, no; quien preguntaba con tanta impertinencia estaba con él en la grieta, y no solo dentro de la grieta, sino a su lado mismo o, más exactamente, dentro de él mismo.

El sacerdote dejó escapar un alarido de terror cuando el zorro asomó sobre su pecho. El hombre dio un golpe en el lugar por donde salió y se arrancó la zamarra de cuero con tal violencia que los botones de hueso de ballena saltaron y se perdieron. (Lo cual fue una auténtica lástima, pues se trataba de unos objetos muy valiosos que Haraldur, el hermanastro de séra Baldur, había tallado con sus propias manos y le había ofrecido como regalo el día de su confirmación).

Y el zorro saltó sobre el suelo de la cueva. Giró una vuelta completa alrededor de sí mismo, se sentó sobre el trasero… y empezó

a asearse como un gatito.

*

Séra Baldur recuperó enseguida el ánimo, de algo tendrían que servirle sus estudios sacerdotales; en él surgió el naturalista. Observó la conducta del animal con curiosidad científica:

El zorro estaba de lo más afanoso para llevar muerto seis días enteros. Daba risa ver lo ocupado que estaba consigo mismo. Ora se quitaba a lengüetazos los restos de sangre de la piel, ora se abría paso hasta las raíces del pelo para mordisquearse, como si se estuviera espulgando para estar presentable en el Juicio Final.

El naturalista apretó los ojos:

—¡Mira el bicho, qué idiota!

Se golpeó los muslos:

—¡Vaya, si el vampiro se está chupando su propia sangre!

Entonces el zorro escupió el primer perdigón. Golpeó la mejilla del sacerdote. Soltó un fuerte alarido y maldijo. Pero el zorro fingió no darse cuenta de su presencia. Siguió acicalándose, hasta que hubo acabado de limpiar de su piel todo lo que le había arrojado encima aquel vejestorio de escopeta: los perdigones empapados en sangre volaban por la grieta, haciendo saltar grandes chispas de la roca cuando chocaban con ella.

Pero el pastor no estaba dispuesto a convertirse en blanco de aquellas bolitas de acero que cantaban como jejenes a su alrededor.

*

El zorro empezó entonces a pasear arriba y abajo, acá y allá, adelante y atrás. Séra Baldur seguía sentado en su sitio, callado, con las manos en el regazo. Evitaba mirarse a los ojos con el animal; aquello tendría un efecto pernicioso incalculable para los nervios.

Pasó el rato y siguió esperando.

Al amanecer del siguiente día, el zorro se detuvo y dijo:

—Bueno, mi querido reverendo, ¿qué hacemos ahora?

—Podemos polemizar.

—¿Y sobre qué podríamos polemizar?

Preguntó el zorro.

—Sobre la electricidad, dijo el sacerdote.[3]

El zorro lo miró como si el hombre estuviera chiflado:

—¿Tú te crees que una criatura de las montañas como yo, puede tener la menor idea sobre electricidad? Ahí te equivocas de cabo a

rabo…

Pero séra Baldur estaba tan empeñado en aquello, que propuso un trato al raposo: si era capaz de acertar una adivinanza que él le propondría, entonces sería él quien decidiera el tema de debate; de otro modo, polemizarían sobre la electricidad. El zorro aceptó a regañadientes:

—Venga con ella…

—Nací con mucho ruido, pero soy pobre de sangre.

El zorro se puso a pensar… demasiado tiempo, en opinión de séra Baldur, aunque no dijo nada, no se atrevía a molestarlo… y al final, el zorro se rindió.

—¿Te rindes?

El sacerdote se rio de la estulticia del animal:

—¡Es el pedo!

Y se echó una ventosidad, para reforzar sus palabras.

—Más o menos,

respondió el zorro, secamente:

—Pues empieza con la electricidad.

*

En justicia, el debate sobre la electricidad habría debido celebrarse en un escenario mucho más noble que aquel agujero de piedra en el culo de un glaciar. El caso es que séra Baldur había sido invitado a acudir a Reikiavik para hablar sobre este tema de su interés en una reunión públicamente anunciada. Allí tenía intención de responder a un islandés de los que vivían en Norteamérica, que había venido para anunciar a las gentes de su antigua patria la buena nueva de Edison.

Si el alud de nieve no lo hubiera arrastrado consigo, el sacerdote habría llegado a su casa de Dalbotn a la mañana siguiente de la cacería del zorro. Habría dado los últimos toques a su conferencia y habría llegado a la capital cuatro días más tarde, a mediodía del 15 de enero, y ese mismo día por la tarde le habría puesto las peras al cuarto a su antagonista. A juzgar por el tiempo transcurrido, la reunión debía de haberse celebrado tres días atrás; verse obligado a mantener con un zorro el tan esperado rifirrafe sobre el tema le resultaba de lo más penoso.

Bueno, el pastor presentó sus argumentos religiosos ante el animal, pues en contra de la electricidad aducía razones teológicas. Sus ideas resultaban casi modernas, ya que séra Baldur creía en un Dios material, que se había hecho a sí mismo y era visible y palpable; como dice el dicho: «Cuando le nieva al hombre, a Dios le llueve».

De aquí que le resultara de todo punto inaceptable que la

electricidad, producida mediante el frotamiento de los materiales más pequeños del universo, que son, además, los mismos que forman el núcleo de Dios, fuera conducida después por cables y cabos, a un sitio y otro, acá y allá, hasta llegar a unas factorías donde se utilizaba para mover máquinas que, por ejemplo, escupían salchichas, o mostaza, o cualquier cosa.

¿Qué alegó el zorro?

*

El zorro pardo decidió encarar al sacerdote en su propio terreno:

—Pero si la electricidad es el material de construcción del mundo, y la luz su apariencia fenomenológica y, recordando el primer libro de Moisés, si Dios mismo es un ente de luz, aunque quizá nosotros no lo percibamos con nuestros ojos desnudos (como podemos experimentar en esta montaña negra como pez que aquí nos mantiene encerrados), bueno, pues entonces se puede decir, por mor de la verdad, que sería algo así como un mandamiento universal transportar a Dios, en forma de electricidad, hasta el interior del hogar; e incluso iluminar con él la ciudad entera, ¿ne pas?

Miró al sacerdote con gesto interrogante. Él le devolvió la mirada sin decir nada; el animal remachó su argumentación:

—El suministro eléctrico ha de ser algo del máximo valor para la iglesia, y debe servirla, si es el Todopoderoso en persona quien luce en las bombillas, ¿o no?

Él no dijo nada. ¿Acaso lo había arrastrado a un callejón sin salida? No, el raposo no se había percatado de que, mientras hablaba, séra Baldur sacaba el cuchillo de su vaina y lo escondía en la mano; en la que daba hacia la pared de roca.

Y entonces dijo alegremente:

—Pero ¿crees tú, querido diablillo, que la luz de esas bombillas tuyas llega hasta el alma humana?

Y antes de que pudiera responderle, el hombre hundió el cuchillo hasta las cachas en el pecho del zorro.

*

Levantó los restos del zorro con la hoja del cuchillo y se quedó mirando sus ojos grisáceos; las pupilas habían perdido el color igual que las lagunas de montaña cuando llegan las primeras calmas heladas del invierno, pero el sacerdote solo veía una cosa:

Estaba muerto de una vez por todas.

El cadáver se derrumbó en sus manos y notó que la piel estaba

extrañamente suelta del cuerpo; así son los zorros embrujados… y esa noche, unos días antes, cuando el animal intentó hechizarlo convirtiéndose en cuatro, él ya sospechó que era precisamente eso: un animal embrujado. Pero la artimaña que ideó para hacerlo hablar había tenido el éxito merecido. Quien lo había enviado no había sido suficientemente cuidadoso, había puesto en él demasiado de sí mismo y, sin quererlo, había hablado a través de la bestezuela. Sí, aquel añadido francés al final de sus palabras sobre la iluminación urbana no dejaba duda alguna de quién le había enviado a Medroso, Hijo de Cola Peluda.

Todo apuntaba a que ese idiota del magistrado del distrito de Fjórdur, Valdimar Skuggason, su hermano mayor, era quien lo había embrujado para azuzarlo contra él. Ese presuntuoso nunca había perdonado a séra Baldur que, al quedarse viuda, su madre Nál hubiera optado por vivir en la sede parroquial de Botn, llevándose consigo la herencia paterna, incluyendo la colección de devocionarios de Skuggi Haraldsson el Viejo, de Saurar.

No, y a ella no le molestaba lo más mínimo que su Baldur no hubiera salido nunca de los límites de su patria chica, ni que hubiera recibido toda su instrucción en el seminario islandés.

*

Séra Baldur Skuggason despellejó el zorro, y mientras lo hacía, pensaba en silencio en su hermano Valdi; hizo una incisión en el lomo del animal, luego cortó siguiendo la columna vertebral, desde el cuello hasta la cola: sí, se lo haría pagar; cogió el cuerpo con las manos y las fue pasando hacia abajo por los costados; enterró los dedos entre la carne y el pelo, pero dejó la grasa en la cubierta de piel; lo denunciaría ante los tribunales por intento de asesinato; desarticuló los miembros, un corte en cruz en la raíz de las patas, y las forzó hasta desencajarlas, metió el dedo índice en el morro y con la uña separó el hocico de la caja craneana… y entonces el hombre estiró y rajó y tiró hasta que hubo separado al animal de su piel pardusca.

El sacerdote se desnudó por completo. Cogió el sebo de la cubierta de piel y se untó con ella de pies a cabeza. Entonces se metió dentro de la piel, que resultó tan amplia que las patas delanteras llegaban hasta el suelo. El zorro, sin embargo, no era gran cosa, allí tirado sobre la roca, desnudo como un feto en el útero materno. El hombre metió los dedos en la caja torácica, extrajo el corazón y se lo puso en la boca:

—Es como una perdiz nival,

pensó séra Baldur, y se echó la piel sobre la cabeza. Se tragó el

viscoso corazón del zorro y fue como si un rayo hubiera caído sobre él.

—¡AFUERA!

*

Séra Baldur escarbó para abrirse paso por la masa de nieve. Utilizó uñas y dientes, ya no sabía cuál era su nombre, solo mordía y arañaba, arañaba y mordía.

La sangre golpeteaba contra sus sienes:

«¡Luz, más luz!».

Y cuanto más se acercaba el sacerdote a su destino, tanto menos tenía de hombre, y tanto más de bestia.

Está tiritando sobre la morrena del glaciar y aspira el refrescante aire de las montañas. El sol matutino lo bendice y lo sana.

Bajo sus pies se abre un valle cubierto de hierba, largo y bastante estrecho. Hay bellas laderas cubiertas de verde y arbustos de sauce. El agua cae en cascada en el centro; allá abajo riela la trucha ártica, y por encima vuela un falaropo. Ratones de campo triscan en la turba, un zarapito chapotea en la ciénaga, perdices nivales se afanan en construir sus nidos entre los macizos de hierba, las abejas zumban en el musgo y los chorlitos esperan a que los cacen.

Entonces se oye un gagga en el pedregal de la boca del valle.

—¡Agga-gagg-a-gagg!

Skugga-Baldur aguza el oído ante la llamada.

El olor no engaña; es una zorrita en celo. La lujuria le arde en los ojos, deja el Valle Ameno detrás de sus patas heridas; será el primero en unirse a ella.

Es la primavera, antes de los días del hombre.

IV

(23 DE MARZO DE 1883)

Brekka, Dalur, 23 de marzo de 1883

Mi muy querido amigo:

Perdona lo tarde que respondo a tu última carta, pero en esta parte del mundo han sucedido varias cosas desde principios de año. En tu mundo no serían grandes noticias, pero aquí se las considera así: una mujer murió, y un hombre desapareció.

Sí, mi Abba ha muerto. Sucedió el cuarto día del nuevo año, tuvo una muerte pacífica y en la hora de su muerte estuvo tranquila. La echo mucho de menos, aunque no podía esperar otra cosa, ya la había tenido cerca de mí todos estos años. No era vieja, quizá treinta años de edad, pero tengo entendido que es lo habitual en personas como ella. Fue como si envejeciera más deprisa que yo, últimamente había encanecido y había empezado a calcificarse un poco. Ahora te preguntarás si recibió la pluma que le enviaste. La recibió, y le dio mucha alegría. Le pareció algo muy importante el tener una pluma de cría de cisne danés, y es que se sabía bien los cuentos del señor Andersen… y al momento la puso en su libro, la Nochebuena misma.

También te doy las gracias por lo que a mí me toca. Eres un experto en franceses aunque afirmes que no saben escribir, ¿ne pas? Mallarmé despierta en mí la impresión del reflejo de un cerezo en una pupila, de un pañuelo perfumado y de una libélula posada en el hombro de un nadador en un río apacible. Vaya, vaya, ¡ahí tienes blanco sobre negro lo que es inspiración!

Un hombre desapareció, te escribía, y no me demoraré más en contarte esta noticia. El desaparecido es el párroco de Botn, séra Baldur Skuggason, hermano de Valdimar el Saco, el que bailó agarrado a la farola de la taberna Calzas de Cuero. Al buen hombre se le metió en la cabeza la peregrina idea de irse a las montañas a cazar zorros, aunque era pleno invierno y todos sabían que de un momento a otro habría una buena ventisca. (El gato viejo se hizo un rasguño en Nochevieja, y eso significa que habrá una tormenta peligrosa; esta es la meteorología que practicamos aquí). Como he dicho, no se le ha vuelto a ver, y no es precisa una fantasía desbordante para imaginar lo que ha sido de él.

La gente sostiene que esto tendrá como consecuencia la necesidad de reconsiderar las condiciones del contrato de los párrocos. Séra Baldur monopolizaba la caza de raposos en la comarca, y con eso

lograba algún ingreso extra, pues las pieles se pagan bien. Y ciertamente las condiciones no deben de ser nada buenas si los curas se ven forzados a correr el riesgo de perder la vida cuando salen a pegarles tiros a los zorros, movidos única y exclusivamente por la insuficiencia del peculio.

Farvel Frans, es todo lo que te contaré sobre la desaparición de séra Baldur; me parecía un completo stupidus.

Abba significa: Hafdís.
Its significa: Dios.
Itsa ja-am significa: Dios quiere.
Itsa um significa: Dios no puede.
Its-umba uba-jara significa: luz de Dios, el sol o el alma.
Uba-jara jo-fak significa: la luna.
Ut-da-da jo-fak significa: las estrellas.
Iff-its significa: luz.
Fuffa-juya significa: ángeles.
Iffa ku-ku significa: reino de los cielos.
Itsa i-addiga significa: Dios lo sabe todo.
Otsína-maya significa: Navidad.
Itsa ro-ro significa: Jesús.
Otsina-juya significa: Pascua.
Otsina-morda significa: domingo.
Avv-avv significa: hablar.
Ko-ko significa: cantar.
Andha ja-am ko-ko significa: cantaremos.
Umm avv-avv significa: no quiero hablar.
Umra significa: no sé.
Amh-amh significa: bueno, bonito.
Offo-ker significa: feo.
Futsu significa: hombre.
Jal-jal significa: muchacha.
Fuffa-rro significa: niño.
Furru significa: persona.
Mamba significa: pájaro.
Mordana-juya significa: día.
Jo-fak significa: noche.
Sa-odo significa: el mar.
Fadi-fa significa: lluvia.
Juyera significa: nieve.

Maj-maj significa: verano.
Maj-maj juyera significa: invierno.
Ka significa: fuego.
Faff-faff significa: sacerdote.
Kondura significa: rey.
Umph Abba-á significa: la caja de Hafdís.
Fivi-pupu significa: salmo.
Pupu significa: oscuro.
Ibo significa: dormir.

Aquí tienes el diccionario de Abba, así hablaba cuando la encontré. Como ves, hay muchas cosas bíblicas, y eso apoya mis sospechas sobre quién era… no, no callaré lo que conozco con toda seguridad acerca del origen de Hafdís. Contigo no tengo secretos, no se lo desvelarás a nadie, en ti siempre puedo confiar, mi buen amigo y maestro:

Resulta que a mediados de febrero apareció en Dalur el hombre más absolutamente infeliz que pueda vivir en Islandia; Sólvi Helgason, vagabundo y manitas consumado. Se desplazaba sobre esquíes de una granja a otra y se ganaba el pan dibujando retratos de la gente, reparando vigas o contando chismorreos de otros lugares. Este trol con gafas tocó también a mi puerta, igual que a las demás, y se quedó una semana. Pude comprobar lo habilidoso que era con los colores, y que derrochaba sentido común. No me molestaba lo más mínimo, aunque está hecho polvo en alma y cuerpo, y es por culpa de los hombres.

Y resulta que una tarde se pone a hablar de Abba y la llama Laufey (fui yo quien le dio el nombre de Hafdís), y dice que su padre era Jón, lo que equivale a decir que es hija de un islandés… y por sus palabras juzgué que todo lo decía con plena sinceridad. Contó que la había encontrado perdida y confusa en el camino de Kjólur, por entonces tenía siete años de edad, eso pensaba él. Estuvo año y medio vagabundeando con él, hasta que dio con su familia y pudo dejarla en casa de su padre. Durante el tiempo que Abba pasó viajando con Sólvi, este le construyó un ataúd de valiosas maderas de raque que habían encontrado en la costa de Horn. Pero en cuanto mencionó este detalle supe que decía la verdad, pues era capaz de repetir las dos inscripciones latinas que había en el ataúd de Abba; y es que fue él quien las escribió.

Muchos años después, Solvi volvió a pasar por la granja donde vivía Laufey.

Allí habían sucedido las cosas más horribles: la madre se había quitado la vida tomando veneno y el padre había vendido la muchacha a unos marineros extranjeros, mientras él se marchaba al seminario. Aquel miserable era Baldur Skuggason, por entonces

diácono de la parroquia de Hófói; y a cambio de su hija de doce años de edad le dieron una escopeta anticuada y una bolsa de perdigones.

Ahora comprenderás por qué hace un momento utilicé palabras tan frías sobre él. Pero me temo que esta carta ha ido llenándose de pena y amargura; bueno, perdóname el fastidio.

¡Á propos! Si pasas por Kronprinsgade, ¿me harás el favor de ir a ver a tía Perch y encargarle un kilo de mezcla para desayuno, ítem 250 gramos de Darjeeling? Tengo cuenta allí, y ellos se encargan de enviármelo. No, no pienso bebérmelo todo yo solo. He heredado a uno de los criados del cura. Se llama Hálfdán Atlason; tiene pocas entendederas pero es trabajador, y traga tanto té como la Cámara de los Lores al completo.

Da mis saludos a tu madre. Espero que le haga bien mi mixtura: tomillo, filipéndula, galio y hoja de abedul. Decidme si necesitáis más, en la farmacia de la naturaleza islandesa hay de sobra.

Lo mejor para ti, mi querido Brynjúlfsson, y que la suerte te acompañe… ad urnam.

Tu querido compañero y confidente en las fronteras «del mundo habitable»,

Fridrik Be.

Post scriptum: Otra vez más, te ruego perdones lo fastidiosa que es esta carta. Prometo que la próxima será mejor, ¡y entonces me tomaré una copa como premio! (El dibujo que acompaño lo hizo Solví; creo que representa al Demonio metiéndosela al honorable Gobernador del país por el agujero del c.).

Au revoir!

F.

EPÍLOGO DEL TRADUCTOR

EPÍLOGO A EL ZORRO ÁRTICO (SKUGGA-BALDUR)

El subtítulo de esta novela es «Leyenda popular». Y en ella encontramos muchos elementos característicos de este género islandés, que acompaña inseparablemente al de los «cuentos». Las leyendas suelen explicar el origen de algo o alguien, aunque muchas veces resultan difíciles de distinguir de los cuentos propiamente dichos, pues se limitan a contar historias, si bien siempre se les quiere dar una cierta apariencia de historia real.

Un personaje típico de las leyendas y los cuentos islandeses es el cura rural, que suele poseer enorme fuerza física y ser un destacado maestro en los debates teológicos. Otro personaje de gran importancia en el folklore islandés es el zorro, el único depredador de la isla y el único mamífero que habitaba esas tierras antes de la colonización nórdica de finales del siglo IX. Típica es también la mezcla de lo maravilloso y lo realista, que no se queda en los temas y los personajes, sino que alcanza a la lengua: palabras cultas conviven con otras más coloquiales, explicaciones retóricamente rebuscadas aparecen al lado de expresiones de sencillez conversacional. No hay muchas diferencias, en las creencias populares islandesas, entre la naturaleza y el hombre, y los seres míticos (como los elfos que viven en el interior de las rocas) tienen trato nada infrecuente con los humanos.

De todo esto, y de otras cosas menos populares, está lleno el libro de Sjón. Los nombres lo ponen de manifiesto muy claramente, aunque al lector hispanohablante le esté vedado aproximarse a ello. Lo cual justifica la siguiente breve nota.

Entre los numerosos animales fantásticos, híbridos imposibles, del folklore islandés, está el skuggabaldur: hijo de gato y zorra que causa grandes daños al ganado. Su nombre combina Baldur, el dios pagano de la luz, y skugga, «sombras». El cura de esta historia se llama Baldur, como no pocos islandeses, y

su padre Skuggi, de ahí el nombre oficial Baldur Skuggason (no hay apellidos en Islandia); pero no es infrecuente unir los nombres de

padre e hijo en una expresión como: Skugga-Baldur, «Baldur el de Skuggi», pero también «Baldur el de las sombras», o incluso «Luz de las sombras». También la muchacha tiene un nombre significativo: Hafdís era una divinidad del mar, Laufey otra divinidad pagana, referida esta vez a las plantas… y Fridrik B. Fridjónsson es herborista. Su nombre parece un juego con el nombre real de Sjón; el escritor oculto (aunque muy poco) por este seudónimo, que significa «visión», se llama en realidad Sigurjón B. SigurQsson.

También los sitios significan; baste mencionar que la granja, Brekka, está en la ladera del monte, y brekka es precisamente «ladera». El lugar se llama Dalur, «valle», y la casa parroquial es «el fondo (botn) del valle»: Dalbotn. Teniendo en cuenta estas breves observaciones, el lector podrá llegar un poco más al fondo en la lectura de este libro.

ENRIQUE BERNÁRDEZ
Enero de 2008

EL ZORRO ÁRTICO

El zorro ártico (Skugga-Baldur), novela ganadora del prestigioso Premio de Literatura del Consejo Nórdico en 2005, es la obra más importante de la literatura islandesa actual.

Utilizando elementos de las leyendas populares islandesas del siglo XIX, Sjón nos presenta, como en una fábula, la lucha del pastor Baldur Skuggason con un zorro al que quiere cazar. Al final la naturaleza hará justicia con el pastor, cuya personalidad vamos conociendo a través de las demás historias que componen esta obra.

El estilo del libro, muy ágil y poético, ha influido de manera determinante en el éxito internacional que lo ha acompañado, ya que ha sido traducido a más de quince idiomas y ha recibido numerosos elogios de la crítica.

Esta es, sin duda, una deliciosa novela, perfecta para adentrarse en la literatura de los países nórdicos.

SJÓN. (Reykiavik, 1962), seudónimo de Sigurjón Birgir Sigurdsson, y que significa «visión», es uno de los escritores más interesantes e innovadores de Islandia. Sus libros de poemas, novelas y cuentos para niños han tenido mucho éxito de crítica y público. En 2005 obtuvo el Premio de Literatura del Consejo Nórdico por El zorro ártico (Skugga-

Baldur), publicado en esta misma colección. Sjón es también una figura importante de la música islandesa. Es mundialmente conocido como autor de algunas canciones de Bjórk, Además, es autor de las canciones de la película Bailar en la oscuridad, de Lars von Trier

NOTAS

[1] Título islandés aplicado a los sacerdotes luteranos; se pronuncia [siéra]. (N. del T.).

[2] Efectivamente, una pequeña deformación del nombre danés en Ørnstrube, transforma ese apellido habitual en «garganta de águila». (N. del T.).

[3 3] De acuerdo con el traductor, hemos respetado el peculiar juego del autor, que hace saltar las líneas. Lo hará de la misma manera en las páginas 111 y 115. (N. del E.).